

SERGIO PITOL

La vida conyugal



Lectulandia

¿Qué es la vida conyugal? Según esta crudelísima y divertida novela de Sergio Pitol, parecería que la vida de los cónyuges es un malentendido tan profundo, tan dramático, que el odio más radical parece fidelidad y la fidelidad más noble una forma singular de la alevosía. Ágil, malvada, penetrante, la vida conyugal cierra brillantemente el tríptico que Pitol ha titulado «del carnaval».

Lectulandia

Sergio Pitol

La vida conyugal

Tríptico de carnaval - 3

ePub r1.0

Titivillus 15.05.16

Sergio Pitol, 1991

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Jacqueline Cascorro, la protagonista de este relato, conoció durante buena parte de su vida las experiencias conyugales de rutina: arrebatos, riñas, infidelidades, crisis y reconciliaciones. Todo cambió en un instante, cuando al quebrar con sus manos una pata de cangrejo y oír descorchar a sus espaldas una botella de champaña se dejó poseer por un pensamiento que la visitaría de manera intermitente, convirtiéndola, y ya para siempre, en una mujer de muy malas ideas.

Durante años, un cuaderno azul la acompañó en las distintas mudanzas a las que la llevó su azarosa vida matrimonial, sin que fuera consciente de su existencia; un cuaderno muy delgado, sujeto con un elástico a una colección de libretas de notas sobre literatura e historia del arte depositadas en el fondo de una caja ricamente ornamentada, adquirida en Pátzcuaro durante su viaje de bodas. Esa caja permanece en la bodega de L'Aiglon, un restaurante de Cuernavaca, en donde Jacqueline abandonó casi la totalidad de su menaje de casa cuando decidió trasladarse a Veracruz. Con toda seguridad se asombraría si leyera los trozos literarios copiados muchos años atrás en aquel cuaderno olvidado. Moraría, sin lugar a dudas, con melancolía, los esfuerzos intelectuales que alimentaron la parte más noble, la más pura de su ser, la única que por algún tiempo le ofreció cierta seguridad, destruida de raíz por la violencia que con tan desmedido estrépito sacudió su vida. Porque a partir de un determinado momento no le fue ya posible hacerse ninguna ilusión al respecto: su vida espiritual había quedado hecha añicos.

En aquel cuaderno, Jacqueline había empleado dos páginas para copiar las cifras literarias que le interesaban y otra para expresar sus sentimientos ante lo que consideraba su fracaso matrimonial; el resto había quedado en blanco. No era difícil advertir que aquellas notas fueron escritas durante una racha de rencor intenso, en una de las crisis iniciales de su matrimonio, antes de haberse resignado a aceptar como algo normal las infidelidades de su marido. Alicia Villalba, la prima sin recursos de Nicolás Lobato, que trabajaba como su secretaria, igual que otras empleadas, la mantenía al corriente día con día sobre las actividades del marido infiel. Podían pasar horas enteras pegadas al teléfono para describirle la vulgaridad de una falsa rubia con quien Nicolás se encerraba en la habitación número diecisiete, y precisaban: en el segundo piso, ¡como si el número de piso tuviera alguna importancia!, del hotel Eslavia, el situado en las calles de Orizaba, porque en el Asunción era raro que pusiera un pie, y menos para celebrar sus fiestas galantes, considerándolo tal vez muy por debajo de su categoría. La verdad era que al poco tiempo de casada, Jacqueline había aprendido a no sufrir como fiera enloquecida, lo que de ninguna manera implicaba que aprobara la vida disoluta de Nicolás Lobato. La lectura hecha al azar de unas cuantas páginas de la *Fisiología del matrimonio*, de Balzac, la llevó a la conclusión de que la mayoría de las mujeres a los pocos años de casadas sólo experimentan hacia sus maridos una profunda aversión, una repulsión

casi absoluta, resultado típico de la tiranía a la que con tanta arbitrariedad han sido sometidas.

Lo primero que copió en el cuaderno azul fue una rotunda afirmación del escrito francés: «Toda la vida matrimonial descansa en la cama». Marcó esa frase con tres o cuatro signos de admiración, y luego tachó en un raptó de cólera la frase, y, por consiguiente, los signos de admiración que había añadido.

Escribió después con tinta verde que la vida se alimenta de pasión y que no hay pasión que logre sobrevivir al matrimonio.

También, que el matrimonio es una institución necesaria para el mantenimiento de las sociedades, pero que, sin embargo (y allí añadió entre paréntesis la exclamación: *hélas!*), esa institución resulta contraria a las leyes de la Naturaleza, que a la mujer casada se la trata como a una esclava, que no hay matrimonios completamente dichosos, que el matrimonio está preñado de crímenes, y los asesinatos que se llegan a conocer no son los peores. Trazó varias líneas con tinta de distintos colores debajo de esta última aseveración, como si ya entonces la hubiera rozado el aletazo de una premonición.

El cuaderno azul en que escribió esas y otras citas literarias, abandonado en una bodega de Cuernavaca de donde ya nunca lo recuperaría, desapareció de su memoria varios años antes de viajar a Veracruz. Con más rapidez aún se le habían borrado las circunstancias en que aquellas líneas fueron escritas. Si alguien le hubiera llegado a preguntar cuándo y con quién le había sido por primera vez infiel a su marido, habría respondido sin la menor sombra de duda que su primer amante había sido Gaspar Rivero, un miserable a quien ayudó de la manera más desinteresada para obtener sólo puñaladas traperas por respuesta, y que aquello ocurrió poco antes de que él comenzara a trabajar en el Asunción, un hotel carente de toda gracia, ubicado a un paso del Monumento a la Revolución, sin recordar para nada al auténtico pionero, un ingeniero de Guanajuato, a quien había conocido en una fiesta en casa de Márgara Armengol. El episodio entero se había desvanecido en su memoria. Si algún médico o un hipnotista le hubieran hecho, después de adormecerla, una pregunta al respecto, tal vez hubiera podido recordar que en cierto momento un hombre que comenzaba a dejar de ser joven le fue presentado en una fiesta y ella lo invitó, por mera cortesía, a sentarse a su lado; había bebido para entonces un par de cubas muy cargadas y comenzado a decirle a aquel perfecto desconocido que un eminente profesor de filosofía había reconocido hacía poco en esa misma casa que su sensibilidad era una de las más exquisitas que había detectado en su larga carrera profesional, al grado de citarla como ejemplo ante un grupo de cursis envidiosos que podrían tenerlo todo menos eso, sensibilidad, y de inmediato le explicó al guanajuatense lo mucho que debía luchar para preservar ese don exquisito de los bajos golpes que le propinaba el hombre brutal que tenía por marido, un bárbaro que había reducido los intereses de su vida sólo a dinero, sólo a lujuria.

—Por más que me sostengan lo contrario, estoy convencida de que nadie logrará

nunca adivinar en qué puede llegar a transformarse con los años un ser humano —le murmuró en tono confidencial al desconocido—. Jamás hubiera sido capaz de adivinar que el Nicolás Lobato que conocí, el que después fue mi marido, no se excusa, no tiene usted por qué conocerlo, no se trata de alguien que se haya destacado en ningún sentido, iba a llegar a convertirse en lo que es ahora. Nos encontrábamos por las tardes en el café de Mascarones. ¿Lo Conoció usted?

—¿A quién? —preguntó el otro, que había prestado poca atención a sus palabras.

—A nadie. Me refiero al café de Mascarones; estaba en el interior de la Facultad de Filosofía y Letras, cuando ésta se encontraba aún en la Ribera de San Cosme. Un sitio precioso; quienes lo frecuentamos en nuestra época de estudiantes todavía nos sentimos como huérfanos. En ese café conocí a Nicolás Lobato. No le gusta que se sepa, no sé por qué, pues ahora se dedica a otras actividades, que ni él ni yo logramos terminar nuestros estudios. Nicolás estudiaba ciencias políticas. Se pasaba las tardes metidas en un tugurio de las calles de Miguel Schultz, a la vuelta de Filosofía y Letras. Pasé varias veces a recogerlo allí; era un caserón deteriorado de dos pisos que nadie hubiera podido imaginar que alojara una escuela universitaria. ¡Qué diferencia con mi Facultad! La misma que existe entre el cielo y la tierra, entre mi marido y esta servidora, si me perdona la falta de modestia —soltó una breve carcajada—. Nicolás se presentaba casi todas las tardes por Mascarones. Tomaba en la Facultad una clase de geografía y no sé qué otra, me parece que un idioma, con toda seguridad inglés. Estoy convencida de que ni él mismo sabe ya lo que estudiaba entonces. Fue siempre negligente y desordenado en los estudios. Pasaba la mayor parte del tiempo en el café; gracias a eso nos conocimos. Regresábamos por la noche en los mismos tranvías. Dos, porque no había ninguno directo que me llevara a casa. Él se bajaba en Eugenia, en la colonia del Valle, y yo seguía hasta Coyoacán. A veces nos acompañaba Márgara. Así nació nuestra amistad. Vivíamos muy cerca. Yo en la calle de Berlín, a un paso de esta casa de donde ella no se ha movido nunca. La nuestra era una propiedad preciosa —afirmó con un acento cargado de nostalgia—. Jamás logramos desprendernos del todo de los muros que ciñeron nuestra infancia. Cuando me casé, mi madre, viuda y con todas las hijas ya casadas, se mudó a un departamento en la colonia Narvarte. ¿Qué iba a hacer la pobre en aquel caserón? Nicolás fue hijo único; de chico se torcía siempre los tobillos al caminar. Según Alicia Villalba, su prima, una mujer que viste como un auténtico hombre, con corbata y todo, ese detalle explica buena parte de su conducta. Tendríamos como un semestre de andar de novios cuando su padre enfermó y lo obligó a hacerse cargo de una ferretería, que poco después heredó, en el centro de la ciudad, en la calle de Mesones. A esa tabla se aferró para justificar su abandono de la Universidad, cuando la verdad era que ya no aguantaba la vida de estudiante. Estaba muy enamorado de mí, debo reconocerlo, así que aunque ya no asistía a la Facultad nos seguíamos viendo con alguna frecuencia. Reconozco también que como novio jamás ejerció sobre mí ninguna presión indebida, de manera que pude llegar virgen al altar, lo que en

aquellos tiempos, se lo aseguro, todavía tenía su prestigio. Al morir su padre le dejó la ferretería y muy buen dinero y él comenzó a encauzar sus intereses hacia los hoteles. Vendió la ferretería, e hizo bien porque no la toleraba. Comenzó a respirar. Con toda seguridad debió haberse valido de mil y una triquiñuelas para apoderarse por unos cuantos pesos de hoteles tronados o un tanto moribundos. Primero adquirió el Asunción, una compra que nunca lo ha dejado satisfecho, un hotel sórdido, muy venido a menos, ubicado entre el Monumento a la Revolución y el Paseo de la Reforma, que al día siguiente de comprado no le despertaba ya sino antipatía; luego el de las calles de Orizaba, mucho más agradable, el Eslavia. A partir de entonces no piensa sino en construir uno inmenso en Cuernavaca, ésa es su obsesión, ésa y, más que ninguna, las mujeres —hizo una pequeña pausa para tomar una copa; cuando vio que su vecino, a quien había condenado a la mudez, estaba por levantarse, le puso una mano sobre el muslo para impedirsele, y continuó—: No tema que vaya a atosigarlo con el recuento de mis tribulaciones conyugales. Mire, si algo me encanta en la vida es venir los sábados a casa de Márgara. Más que compañeras de la Universidad, hemos sido desde un principio un par de hermanas. Me encanta la atmósfera que se respira en esta casa. ¡Cultura pura! En el fondo todos tenemos algo de bohemio, ¿no cree? Aquí me muevo como pez en el agua. Como usted ha podido ver, he hecho todo lo que ha estado en mis manos para impedir que mi espíritu muera. A un hombre siempre le resulta difícil comprender lo que significa para una mujer poder cultivarse —y sin recordar que hacía apenas un instante había hablado de la casona donde transcurrió su infancia, continuó—: Está mal que se lo cuente, pero en mi casa fuimos cinco hijos, tres mujeres y dos hombres, y hasta que me casé las tres hermanas teníamos que compartir una sola habitación, María Dorotea, María del Carmen y yo, que entonces todavía me llamaba con un nombre horrible. ¿Cómo iba a poder leer en esas condiciones? ¿Cuándo podía preparar mis exámenes? ¡Con un pinche foco de sesenta voltios, para colmo! ¿De dónde sacar para comprar los libros necesarios? ¡He hecho lo que he podido! ¡Y mucho más, me atrevería a decir! ¡Salud! Se lo he dicho, lo único en lo que piensa Nicolás Lobato es en el dinero y en la lujuria. Éramos muy jóvenes cuando nos casamos. En cierto sentido yo era apenas una niña el día de mi boda. Jamás hubiera podido vislumbrar lo que me esperaba. Fuera de Alicia Villalba, que es muy, pero muy masculina, Nicolás no ha perdonado a ninguna de las mujeres que trabajan en sus empresas; aunque sea sólo una vez tiene que pasárselas, si usted perdona la expresión, por las armas. Las debe tratar como si fueran unas putas, como le gustaría poder tratarme a mí —pasaron una bandeja con bebidas, y ella volvió a tomar otra cuba libre, y luego siguió hablando de sus peripecias matrimoniales, para en cierto momento descubrir que el tipo a quien tantas intimidades le había confiado no estaba ya a su lado, que había seguido en cambio hablando con un par de muchachos que jugaban a poner y quitarse una peluca rubia muy maltrecha y que acabaron por colocársela a ella como si fuera un casco; le hacían las preguntas más procaces que fuera posible concebir y se reían ante su

desconcierto y sus respuestas púdicas; le contaban entre carcajadas aspectos pavorosos de la vida sexual de una tal Cuquita, «la jamona con el rabo más verde que se haya visto en México» añadían cada vez que mencionaban su nombre, a quien ella no conocía ni le interesaba conocer, y celebraban con ataques de risa cada nueva leperada que soltaban, lo que en cierto momento la obligó a ponerse en pie y gritarles que eran un par de babosos, que no sabían con quién tenían el honor de conversar, que si no se habían percatado de ello se permitía anunciarles que esa noche trataban con una dama, que hablaban... y allí se le formó un blanco en el cerebro, miró en torno suyo, vio una serie de rostros, no sólo los de la pareja de muchachos impertinentes, que la contemplaban con divertida expectación, y acabó su parrafada como pudo... repitiendo que sí, que hablaban con una dama, con una señora que había sufrido mucho en la vida y que por lo mismo se merecía otro trato y no que el marido, un Atila en toda la extensión de la palabra, se marchara con sus empleadas o con cuantas pirujas le salían al paso para planchárselas los fines de semana en Cuernavaca... El par de muchachos soltó de nuevo la carcajada y ambos, casi al unísono, le dijeron que no fuera bruta y que dejara de jugar a los martirios. ¿Encontraba acaso disminuido a su marido después de aquellos orgiásticos fines de semana?

Seguramente, no; los más eminentes sexólogos afirmaban que el pene de un varón, más que el de otros animales, era igual a un jabón que nunca se gastaba, mientras más uso se le diera mejor trabajo hacía. Volvió una vez más a levantarse porque le pareció que le estaban faltando de plano al respeto y por estimación a Márgara Armengol no se podía permitir hacer en su casa la escena que se le estaba antojando. Al pasar a la otra sala descubrió que quedaban ya muy pocos invitados. De pronto, Márgara estuvo a su lado preguntándole si no se sentía bien, si acaso alguna de las bebidas le había hecho daño, pues varios huéspedes le habían confesado sentirse indispuestos y lo atribuían a la calidad de los alcoholes, lo que le pareció un detalle muy poco fino de la anfitriona, pues había sido ella, Jacqueline, quien había llevado esa noche las bebidas, pero como una auténtica dama no dijo ni palabra; luego la anfitriona le preguntó si no consideraba oportuno que alguien la llevara en coche a su casa, o si prefería esperar un poco a que terminara la reunión y quedarse a dormir en el estudio. No la dejaría salir sola, eso sí que no, pues a las claras se veía que estaba muy bebida. En ese momento volvió a aparecer el invitado a quien le había contado los múltiples inconvenientes de ser la esposa de Nicolás Lobato, el cual, a petición de Márgara dijo que sí, que encantado, que con el mayor placer la acompañaría a su casa, aunque si la llevó a algún lugar fue al departamento de un amigo suyo, pues él por ser de Guanajuato carecía de casa en México. Volvió a ver a ese individuo, cuyo nombre pareció haber ignorado siempre, un par de veces más en las fiestas de Márgara, y al final de ambas había ocurrido lo mismo. La última vez que estuvo en ese departamento, mientras ella le contaba con detalles al guanajuatense qué tipo de amantes prefería su marido, él se dirigió a una estantería,

tomo la *Fisiología del matrimonio*, de Balzac, y lo puso en sus manos, diciéndole que se trataba de un regalo, lo que a ella le pareció tan poco delicado como los comentarios de Márgara sobre los licores, pues ese departamento, y por lo tanto todo lo que contenía, incluidos los libros, no eran de su propiedad.

Si aquel hombre volvió más tarde a Guanajuato era algo que no sabía ni le interesaba. Y si Jacqueline lo vio en otra ocasión, debió haberlo saludado con una indiferencia rayana en la grosería, lo que no obstó para que en ese departamento prestado donde pasó la noche en tres ocasiones no hubiera parado de hablarle voraz y atropelladamente sobre la vez que Alicia Villalba, la prima y secretaria de su marido, le telefoneó, poco después de su matrimonio, para decirle que ese fin de semana Nicolás no llegaría a la casa pues debía salir a ver unos terrenos que estaban a la venta en Cuernavaca y añadir que él había tratado en distintas ocasiones de comunicarse con ella sin lograr localizarla, por lo que le había dado el encargo de informarla sobre su salida, y añadir un instante después que Nicolás había invitado a una nueva empleada que se teñía el pelo, bastante sucio por cierto, con una tintura color zanahoria, y que llevaba puestas unas medias moradas como las que usan las prostitutas más baratas, y a partir de ese momento ella, que había llegado virgen al matrimonio, supo que no era la única mujer en el lecho de su marido; por eso cuando Nicolás se marchaba a Cuernavaca ella asistía, como compensación, a las reuniones culturales en casa de Márgara Armengol, a oír hablar de libros, de teatro, de cine, y no sólo de negocios como a últimas fechas sucedía en su casa. Del hombre de Guanajuato no volvió a recordar ni el nombre ni la figura, por lo mismo era imposible que pudiera considerado su amante; y hasta cuando lo era, mientras estaba debajo de su cuerpo, sacudida al parecer por los efluvios de la pasión, y él recorría sus muslos con la lengua o asediaba con delicados, pequeños mordiscos sus pezones, ella seguía relatando cómo Nicolás Lobato la trataba de embrutecer, cómo había intentado destruir su sensibilidad sin lograrlo, gracias a que la frecuentación de gente superior las noches de los sábados la nutría, y que si por ella fuera viviría la vida entera en compañía de Márgara y sus refinados amigos, aunque había que reconocer que últimamente se habían colado en su casa, lo que era lamentable, ciertos jovencillos chocarreros dedicados a propasarse tan pronto como descubrían a una mujer sola, sin nadie que la defendiera. Por eso, para mantener la proximidad con Márgara, puso como condición cuando fue pedida en matrimonio, vivir en Coyoacán, y Nicolás se lo había concedido a pesar de que, cosa curiosa, él parecía no registrar a su amiga como persona, como tampoco lo había hecho cuando eran estudiantes y tenían los tres que viajar en el mismo tranvía para volver a casa.

Se había vuelto una calamidad. A no ser porque Jacqueline proporcionaba los elementos más necesarios para la celebración de esas reuniones semanales, no hubiera vuelto a ser invitada. Pasó varios años contándoles a las amistades de Márgara Armengol, quienes llegaron a temerla como a la peste, ya esquivada cuanto les era posible, cómo la vejaba su marido y cómo la aburrían los hombres en general

y podía decirse que a veces hasta la vida misma, excepción hecha de los libros, los cuadros, la música, el teatro, las flores, la conversación siempre inteligente de Márgara, su compañera de universidad, su vecina, más una hermana que una amiga, y del selecto grupo del que había sabido rodearse. Ése era, sostenía, abriendo los brazos regordetes y moviéndolos con elocuencia, el único mundo que podía considerar como verdaderamente suyo, el único, también, donde podía respirar a pleno pulmón. Márgara le rogaba siempre a alguno de los invitados, como un favor especial, que la atendiera. De cuando en cuando, Jacqueline visitaba librerías y compraba tres o cuatro novedades. A duras penas las hojeaba, leía las solapas y se hacía ilusiones de que seguía actualizando su cultura.

De esa manera transcurrieron seis o siete años. A los dos hoteles, Nicolás había añadido una agencia de viajes en la calle de Londres, que había resultado ser una mina de oro, lo que no significó un cambio de ninguna especie en la vida de Jacqueline. El cambio, ¡y de qué magnitud!, se produjo el día en que al llegar a su casa encontró en la sala de Adrián, su hermano menor, un holgazán, un cero a la izquierda, un sablista, quien en los últimos tiempos pretendía ganarse la vida publicando de vez en cuando algún artículo insípido en un diario popular de la tarde; desde la adolescencia consideraba a su hermano Adrián como a un chico prepotente, confianzudo y pedigüeño, una combinación a todas luces desastrosa. Con el tono más seco que le fue posible producir le preguntó qué razón lo llevaba a presentarse en su casa sin previo aviso, y en ese mismo momento reparó que en la sala se hallaba otro joven, vestido de manera casi idéntica a la de su hermano, con un traje cruzado gris a rayas. Ambos se pusieron instantáneamente en pie. De cualquier manera, Adrián le resultaba preferible a Marcelo, su hermano mayor, cuyo aire torvo e hipocritón le repugnaba. Adrián podía no escribir sino tonterías, pero había que reconocer que entre un periodista y un obrero del rastro había una diferencia abismal. El aspecto de Marcelo, ya no se diga el de su mujer, de cuyo nombre nunca lograba acordarse, era imposible. La única virtud que le encontraba era que nunca se presentaba en su casa al acercarse la hora de comer, y que no era un sablista; jamás había intentado sacarles dinero ni a ella ni a Nicolás. Es más, parecía no tener ningún deseo de frecuentarlos.

—Estoy seguro de que no tienes idea de quién es —dijo Adrián jovialmente, señalando al otro joven, sin reparar, por lo visto, en la aspereza del recibimiento—. Míralo bien, adivina, apuesto lo que quieras a que no vas a atinar. ¿Te das? ¿Sí?, ¿sí? Se trata nada menos que de Gaspar Rivero, uno de nuestros primos de Orizaba. —La escena autoritaria que ella había estado a punto de escenificar se congeló de golpe. El primo Gaspar saludó a Jacqueline respetuosa, pero no servilmente, y añadió que sería difícil que pudiera recordarlo, pues cuando ella y sus padres pasaron por Orizaba rumbo a Veracruz, él era un chico tan tímido que al verlos desapareció de la sala por temor a que le obligaran a abrir la boca.

—Nunca he oído una voz como la suya, tan perturbadora —le confió al día siguiente a Márgara—. ¿Crees que es posible enamorarse de una voz? Sentía como si

estuviera destinada sólo a mí. No sé cómo describírtela, lo único que puedo decirte es que ninguna otra me ha producido una emoción semejante.

—¿Se interesa también en la literatura?

—La verdad, no logré poner atención en lo que decía. Fuera de las primeras frases, ni siquiera sé de qué habló.

Cuando Márgara le hizo las preguntas de rigor, ella no pudo afirmar si físicamente era atractivo o no; con esfuerzos logró recordar que era un muchacho delgado; sobre la estatura no tenía ninguna seguridad; chaparro no era, tal vez de mediana estatura, aventuró, como su hermano Adrián; recordaba en cambio que la cara era angulosa, que la piel estaba algo maltratada, los pómulos se le marcaban demasiado, y también que las pestañas eran largas y caían hasta casi cubrirle los ojos.

En fin, el día anterior, el del encuentro, al oír hablar a su primo de timidez y de temor a los extraños, sonrió con benevolencia. Esperaba que Adrián le diera una explicación sobre su presencia y la de aquel pariente en su casa. Al prolongarse el silencio, decidió ser ella quien tomara la palabra. Les pidió que se sentaran y les ofreció una copa. Su marido llegaría a más tardar en media hora, precisó; comerían de inmediato, porque esos días volvía por las tardes a la agencia. Jacqueline se enteró entretanto del objetivo de la visita de su hermano, a quien por primera vez en mucho tiempo no despedía con cajas destempladas. Tan grande era el cambio que llegó a invitar a ambos jóvenes a comer. Adrián se decidió a aclarar que deseaba presentar a Gaspar, el primo olvidado de Jalapa, con Nicolás. Gaspar había vivido ya en México años atrás y seguido unos cursos en una escuela de turismo, sin lograr terminarlos; en los últimos años trabajó en varios hoteles de Veracruz. Tenía varias semanas de haber llegado a la capital. Buscaba la manera de continuar sus estudios, pero carecía de trabajo. ¿A quién recurrir en tales casos si no a los familiares? Gaspar lo había buscado y al fin localizado. Al saber él su situación y su experiencia en cuestiones de hotelería, pensó que tal vez a Nicolás le interesarían los servicios de una persona en quien pudiera depositar toda su confianza.

—Si a alguien le hace caso tu marido es a ti, María Magdalena —comentó Adrián.

—¡Jacqueline, aunque se te dificulte la pronunciación! —respondió ella de manera tajante. Y en la media hora de gran confusión que siguió se sintió obligada a preguntar por su madre y sus hermanas, a las cuales hacía tiempo que no veía, aunque como buena hija cada mes le enviara a su madre un cheque con el chófer, y siguió inquirendo por su hermano Marcelo, sus hermanas, cuñados y sobrinos, y, para mostrar su sociabilidad, le pidió también a su primo noticias de su familia, a la que para nada recordaba. A Adrián le sorprendió la súbita humanidad que veía florecer en su hermana. Y ante ese efluvio de buenos sentimientos le confesó que aprovecharía la oportunidad para intentar obtener un préstamo de su cuñado, una cantidad de ningún modo excesiva que le permitiera saldar deudas inaplazables. No pedía un regalo, quería que eso quedara claro. Ya vería la manera de pagarle con publicidad para sus

hoteles y su agencia de viajes en el periódico donde trabajaba.

—Si a tu marido se le sabe tratar encuentra uno a un hombre generoso —continuó —; el escollo siempre has sido tú. Cuando alguien se acerca a Nicolás con una petición la respuesta es siempre la misma: «¡Habla primero con mi mujer, y ya luego nos pondremos de acuerdo en los detalles!» ¡Y ahí termina todo!

Se quedó estupefacta de que su hermano se atreviera a hacerle esas confidencias. Una hora después estaban sentados a la mesa. Nicolás exultaba felicidad en esos días. Todo en su vida parecía encaminarse hacia la perfección. Acababa de adquirir un amplísimo terreno en los alrededores de Cuernavaca, un palmar; lo había perseguido durante meses, había hecho resolver engorrosas dificultades legales sobre los derechos de propiedad y al fin el palmar era suyo. Proyectaba crear un conjunto turístico único en la región. Fue una comida feliz. Jacqueline miraba a hurtadillas su imagen en el espejo del trinchador. ¡Una suerte que el día anterior hubiera estado en el salón de belleza! ¡Tal vez una premonición! ¿Sería posible que fuera cierto lo que le había dicho la peluquera sobre su cabello? ¿Que cada día se veía más ralo? No lo creía. Aquella mujer se confundía, acostumbrada como estaba a tratar pelos hirsutos como eran los de la mayoría de las mexicanas; el suyo era demasiado delicado, pelo de ángel, le decía su padre cuando era una niña. De cualquier manera, la había peinado bien. Era consciente de las miradas de reojo con que su primo la estudiaba. Pensó, eso sí, que debía someterse a una dieta ligera. Contempló con disgusto su pequeño cuello, más ancho de lo que sería deseable; su amplia cara de emperador romano se vería mucho mejor con una reducción integral. Haría ejercicio. Se disciplinaría, sería constante, esa vez sí. ¡Sí, sí, sí!, se dijo a sí misma con marcada desconfianza; pero el brillo de los ojos, la piel tersa y delicada, la sonrisa flamante, compensaban las otras carencias. Le parecía más que seguro poder competir con las mujeres que su primo habría conocido en Orizaba y hasta con las de Veracruz. Tampoco su peso era como para desesperarse. A partir del día siguiente haría ejercicio. Intervino en la conversación con mucho brío; habló sobre la manera en que se comportaría cuando llegara a ser la reina de aquel emporio hotelero cuya sede se situaría en Cuernavaca. Todos le celebraron las ocurrencias. A Nicolás Lobato le sorprendió ese tono jovial, ausente desde hacía bastante tiempo en su casa, y pensó que era necesario invitar más a menudo a los familiares de su mujer para tener oportunidad de disfrutar de aquel rejuvenecimiento y olvidarse del timbre hastiado, crispado y quejumbroso que caracterizaba sus conversaciones habituales.

Como si hubiera adivinado el pensamiento de su marido, y después de una súbita racha de euforia, Jacqueline se sumió repentinamente en la tristeza. Contempló los trajes a rayas de Adrián y de su primo, la mediocridad del material, la falta de elegancia del corte, trajes comprados con seguridad en un comercio de tercera categoría, y los comparó con el espléndido casimir y el corte perfecto de la ropa de su marido. Recordó su niñez, la vida en una privada de Coyoacán a la que poco le faltaba para convertirse en un patio de vecindad, un largo corredor con diez mínimas

casuchas a cada lado, la desesperanza diaria; pensó en su madre, dentista, atendiendo a unos cuantos clientes en un consultorio de mala muerte por haber carecido siempre del dinero necesario para adquirir el equipo conveniente; en el enfisema de su padre, un empleado insignificante en la Secretaría de Educación, cuya enfermedad fue cada vez más penosa, hasta volverse infernal en los meses inmediatamente anteriores a la muerte; la vida al ras de la miseria, un mínimo cuarto para ella, María Dorotea y María del Carmen, los cosméticos en común, la falta de medias, de ropa de invierno, de tantas otras cosas, de alimentos nada menos, y tuvo ganas de echarse a llorar. Pensar que había escapado de ese infierno la enorgullecía; había tomado la decisión, contra todos los obstáculos imaginables, de inscribirse en la Universidad, de cambiar antes de casarse el odiado nombre de María Magdalena Cascorro, con el que había sido bautizada, por el de Jacqueline, que le proporcionaba más confianza en sí misma y le servía de compensación por tanta mierda como había tenido que tragar. No se cambió de apellido porque ese acto hubiera ofendido a sus padres, pero comenzó a pronunciarlo a la francesa: Cascorró. ¡Jacqueline Cascorró! Y ese recuento interior de viejas tribulaciones le hizo sentir mayor simpatía por aquel joven que de repente aparecía en su vida, el cual, no le cabía de eso ninguna duda, habría conocido una existencia semejante a la suya, y estaba decidido a dejarla atrás. Se volvió a mirar en el espejo, descubrió la profunda desolación que marcaba su rostro, producida con toda seguridad por la ola de malos recuerdos, observó a los tres hombres que conversaban con gran animación, y se le ocurrió que tal vez el único capaz de intuir sus estados de ánimo, de valorar su sensibilidad, fuera ese primo recién aparecido, y se propuso ayudarlo. Tan pronto como sirvieran el café atacaría la fortaleza. Se convertiría en un ángel flamígero, en una leona feroz y en una princesa dadivosa. Gaspar conseguiría un trabajo, tal vez la administración de alguno de los hoteles, o un puesto en la agencia de viajes, cualquier cosa que, desde luego, no tuviera nada que ver con el nuevo proyecto turístico de Cuernavaca.

La sorprendió la audacia de sus pensamientos.

Como lo suponía, no le resultó difícil convencer a su marido para que empleara a Gaspar, y entre ambos primos se estableció una relación íntima. Para Jacqueline la vida se volvió más intensa y colorida, su matrimonio floreció. Asistió menos a casa de Márgara Armengol, y las escasas veces que se presentó en sus reuniones no atosigó a la concurrencia con la trillada historia de una flor exquisita mancillada por la boca de un marido brutal, incontinente y tirano.

Todo marchó bien hasta el instante en que al quebrar una pata de cangrejo y oír descorchar a sus espaldas una botella de champaña se dejó poseer por un mal pensamiento. Fue como si un relámpago la recorriera, cargándola de energía: le brillaron los ojos, le temblaron las manos, su corazón batió con desmesura. Y aquel pensamiento la visitaría de manera intermitente por el resto de su vida, convirtiéndola, ya para siempre, en una mujer no de malas sino de pésimas ideas.

Nicolás Lobato dejó pasar varios días sin decidir dónde colocar al primo de su mujer. Donde en realidad le hacía falta era en la nueva propiedad comprada al lado de Cuernavaca. Allí necesitaba a alguien que supervisara las obras que estaba a punto de iniciar, el ambicioso conjunto al que llamaría Las Palmas: hotel, piscinas, bungalows, caballerizas, canchas de tenis y campo de golf. En unas cuantas semanas el terreno quedaría desmontado. Entonces se iniciaría la construcción. Se endeudaría hasta el cuello; no le importaba, en cosa de tres o cuatro años, si todo marchaba como era debido, se podría vanagloriar de poseer uno de los más soberbios centros turísticos del país. Jacqueline se opuso al destierro de su primo. Las obras que iban a emprender eran de una magnitud descomunal, dijo; sería necesario afianzar lo que ya poseían, aquello que debía solventar el arranque, desarrollo y culminación de una empresa tan costosa y al mismo tiempo les permitiera vivir con cierto desahogo hasta que Las Palmas comenzara a producir utilidades. ¿Por qué no emplear a Gaspar en el horrible Asunción?; tal vez sería capaz de sanear esa administración de la que él había desconfiado desde el momento mismo de adquirir el inmueble. Podría vigilar de cerca a aquel gerente que tan mala impresión le había producido siempre. Para Las Palmas sería más conveniente alguien de Cuernavaca que conociera las condiciones del lugar y a la gente. Esos argumentos, nada desdeñables, le valieron a Gaspar Rivero por lo pronto el puesto de encargado del restaurante del hotel Asunción, con la misión de vigilar, hasta donde fuera posible, la administración y manejo del hotel.

Pero habría que volver a ese mal pensamiento que perturbó la mente de Jacqueline, al que se aludió ya en el capítulo anterior. La aparición fulminante de tan malas ideas tuvo lugar el veintitrés de abril de mil novecientos sesenta, durante la celebración del séptimo aniversario de su matrimonio. Estaba entonces a punto de cumplir los treinta años. La fiesta se celebró en un restaurante campestre de Tlalpan. Asistieron unas doscientas personas. Jacqueline advirtió el cambio que se registraba en la vida de su marido desde el momento mismo en que Alicia Villalba le mostró la lista de invitados a la recepción: políticos, banqueros, propietarios de hoteles y de restaurantes, gente de sociedad, y, también, algunas artistas de cine para quitarle alguna solemnidad al festejo. Todo transcurrió de manera perfecta. A Jacqueline le impresionó la naturalidad y la soltura de su marido para tratar a esa gente la cual ella sólo conocía por las páginas de sociales. Nicolás se comportaba como si hubiera asistido con ellos a la escuela y nunca los hubiera dejado de tratar. Una palmada aquí, besos en las mejillas de las mujeres, sonrisas para todos. Admiró, a su pesar, el intenso brillo de su dentadura y el bigote espeso que había cultivado en los últimos meses. Nicolás, eso era evidente, no celebraba un aniversario más de su matrimonio sino su ingreso al círculo social al que había decidido pertenecer para echar a andar el proyecto de Las Palmas. Sentimientos muy mezclados se apoderaron de ella; por una parte el orgullo de que aquel hombre brillante fuera su marido y la seguridad de que

el éxito acompañaría siempre sus empresas; por otra, un indudable rencor por haberla marginado de su nueva y radiante vida, mientras se decía, como si tuviera que ofrecerse algo en desagravio, que se trataba de una existencia hueca, falsa, una mera fachada, de ninguna manera comparable con la intensa vida emocional que ella llevaba en secreto, ni con los estímulos intelectuales que en el pasado le había proporcionado el círculo de Márgara Armengol. Para evitar cualquier debilidad ante el nuevo estilo de Nicolás, tuvo que recordarse que era él precisamente el enemigo de quien debía defenderse, a quien tenía que abatir. Observó que en medio de aquel escenario no desentonaba para nada el grupo de Márgara y sus amigos; en su mesa se advertía un toque de excentricidad quizás excesiva, pero de cualquier manera elegante; un contraste que se llevaba bien con el resto de la concurrencia. En cambio, la discrepancia de las dos mesas colocadas al fondo del jardín, precisamente a la entrada de la cocina, con el resto de los invitados no podía ser más agresiva. Una de ellas estaba ocupada por su madre, quien había accedido, como un favor especial, a acompañarlos, por María Dorotea, María del Carmen, sus maridos, y su hermano Adrián; a Marcelo de plano no le mandó invitación. En medio de ese grupo, muerto de tedio con coda seguridad, se hallaba sentado Gaspar Rivero. Si la ropa de sus cuñados era deplorable, el vestuario de sus hermanas excedía cualquier comentario. Vestidos de raso negro, amplios como globos, caídos hasta los tobillos, puños y cuellos de encaje verde, chaquetillas, también negras, cuajadas de bisutería verde de calidad muy ramplona, sombreros de raso posiblemente alquilados, penachos de plumas artificiales color verde botella precipitándose a un costado del rostro: así iban ellas. La presencia de su primo en medio de aquel grupo ridículo ejercía sobre Jacqueline un magnetismo de tal manera poderoso que no le permitía alejar la mirada más de cinco minutos de la mesa. Cuando miraba hacia aquel sitio a quien en realidad veía era a Gaspar Rivero. A sus ojos, sus hermanas, sus cuñados, su hermano Adrián, aun su pobre y querida madre, se integraban a una fauna ruidosa y en exceso colorida que en una primera impresión uno podía comparar con una nube de guacamayas. En la mesa vecina se sentaban los empleados de confianza de Nicolás. A pesar de llevar un traje de corte excesivamente masculino, Alicia Villalba resultaba el colmo de la elegancia junto a aquel racimo impresentable, chusma rasa, sin capacidad para mezclarse y departir con el resto de los invitados.

Hubo un momento en que logró reaccionar. Debía desprender la mirada de la figura de su primo y circular entre los distintos grupos con la misma soltura con que lo hacía su marido. Se sabía una mujer de frase ingeniosa, de sonrisa pronta; era consciente de que en los sábados sociales de Márgara Armengol se habían refinado sus recursos. Deambuló por el jardín, saludando a diestra y siniestra, hasta que logró reunirse con su marido. Observó que algunas mujeres no disimulaban cierta sonrisa irónica o una mueca de burla al saludarla. Jacqueline no se inmutó. Lo que aquello significaba, y ya Márgara se lo había explicado en más de una ocasión, era que poseía una personalidad propia, no sometida a moda alguna, una manera de ser que se

deleitaba en vestirse y no en uniformarse como ocurría con la mayoría de las mujeres, lo que no le perdonaban fácilmente. Días atrás, Cuando Alicia Villalba pasó por su casa a entregarle las invitaciones para sus amistades, le había comentado, muy de paso, restándole importancia, que Nicolás buscaba a alguien, a un maestro de edecanes tal vez, que pudiera asesorada sobre la mejor manera de presentarse en público. Estuvo a punto de soltar una carcajada al recordar aquel disparate, cuando de pronto, al verse de cuerpo entero ante un espejo, reflexionó que tal vez había sido demasiado audaz al presentarse ese día con las zapatillas de plástico transparente y los tacones fosforescentes. Aquellos divinos adminículos, reflexionó con desapasionamiento, eran demasiado vanguardistas para la sociedad mexicana, por lo general muy conservadora.

Al salir los últimos invitados, el grupo considerado íntimo, el que había permanecido en las mesas situadas junto a las puertas de la cocina, es decir la familia y los empleados, se dirigió hacia la casa de los Lobato, en donde, antes de salir, Jacqueline había puesto a enfriar unas cuantas botellas de champaña e impartido órdenes para que preparasen unas bandejas con bocadillos. Alicia Villalba se propuso para llevar a la madre de Jacqueline a su departamento en la colonia Narvarte. Los demás salieron en tropel del restaurante, vitoreando a los Lobato, listos para disfrutar la segunda parte de la celebración. Sus familiares se habían convertido para ella en una auténtica cruz. ¡Imposible decir hasta dónde le significaba un sacrificio cargar a esa fauna ruidosa y variopinta a todas partes! Temía que sus nervios no resistieran la tortura y le produjeran en el momento menos pensado un ataque de histeria. Hacía todo lo posible por que aquello no ocurriera. Las indirectas, las groserías de ese manojo de muertos de hambre, quienes se regocijaban en llamada a toda voz María Magdalena, sin importarles si había otras personas presentes, las constantes peticiones de dinero de Adrián y de sus hermanas, las familiaridades, los abusos, a todo accedía a fin de que su trato con Gaspar Rivero, de quien era amante desde hacía unos diez meses, fuera absorbido por ese truculento tejido de ritos familiares.

En aquel epílogo casero al aniversario de su matrimonio se inició una nueva fase de su vida. Sólo podía decir que en un momento de la fiesta familiar quebró con las manos una pata de cangrejo, y que el ruido seco que aquel acto produjo la dejó asombrada, que aquel ruido coincidió con el producido por el descorchamiento de una botella de champaña, y que una voz pareció decirle: «disparan contra la casa», mientras contemplaba, con un disgusto que nacía en las zonas más profundas de su ser, los pasos de mambo ejecutados por un cuarteto de mujeres ligeramente ebrias, y oía, procedentes de otra parte de la sala, las rotundas carcajadas del sector masculino, que estallaban con toda seguridad cada vez que Nicolás terminaba de contar un cuento obsceno. La desconcertaba el desdoblamiento de personalidad que podía operarse en su marido; podía ser un dandy en el mundo elegante donde se había colado y al poco rato un perdulario entre la plebe. Advirtió también la correcta distancia que mantenía su primo, su medida, la barrera que establecía con su sonrisa

helada. Supo que en el momento en que quebró una pata de cangrejo y oyó descorchar una botella de champán, concluía una fase de su vida y otra se anunciaba, más plena, más libre, en la cual aquel joven, su primo, su amante, no tendría que escuchar las historias soeces de nadie, ni obedecer órdenes, ni dejarse atropellar por la prepotencia que Nicolás era capaz de emplear con sus subordinados.

La visión que tuvo fue deslumbrante y sobrecogedora. Advirtió que no estaba preparada para hacerle frente. Comenzó a temblar; luego se echó a reír. Sentía estar a punto de llorar de alegría. Quería anunciar a plena voz su felicidad, gritada con toda la potencia que le permitieran los pulmones. Pero no quería hacer el papel de una histérica ante aquella abominable partida de patanes. Aprendería a fingir, a ocultar sus emociones hasta lograr la liberación definitiva. Estaba harta de que desde la infancia le atribuyeran desarreglos nerviosos, cuando a su juicio las escenas que daban pie a tales leyendas no era sino manifestaciones de una sensibilidad más afinada que la de sus hermanas. Se propuso ir al baño, echarse agua en la cara, aspirar un poco de lavanda. Pero tan pronto como se puso en pie, a pesar de su firme propósito de resistir, de llegar invicta a la meta final, sintió que un sollozo le escapaba del pecho. Coincidió con el ruidoso descorchamiento de otra botella. Advirtió cierta confusión en torno suyo. Dentro de la repentina marea de irracionalidad que estuvo a punto de inundada, Jacqueline tuvo la suficiente lucidez para saber que estaba al borde de destruir su triunfo antes de mover siquiera un dedo para alcanzarlo. Siempre se había sentido orgullosa de la rapidez de sus reacciones, y esa tarde no fue la excepción. Entre gemidos, temblores y sollozos, comenzó a gritar:

—¡Tiembla! ¡Tiembla! ¡Dios mío!, ¿es que no se dan cuenta de que está temblando?

El desconcierto fue general. Todo el mundo trató de descubrir las señales. ¿Se movía algo en la casa?, ¿los candiles?, ¿los cuadros?, ¿las cortinas? ¡Nada! Todo permanecía en su sitio.

—¡Una escena muy bien montada para echamos de la casa, tengo que reconocerlo! —exclamó María Dorotea con un gesto de indignación—. ¡Típica de María Magdalena! Me la conozco al dedillo, la he tenido que lidiar durante muchos años, pero hoy no la dejaremos salirse con la suya.

Los invitados se quedaron a beber y a bailar hasta bien entrada la noche. Con la ayuda de su marido y de Alicia Villalba, quien llegaba en esos momentos, Jacqueline fue llevada a su habitación y tendida en la cama. Lloró intensamente, luego se fue calmando poco a poco. Se miró en el espejo; se encontró tan horrible que volvió a llorar durante largo rato. Se levantó varias veces dispuesta a gritarles a los gorriones que se largaran de su casa, a insultarlos por el alto volumen de la música, por el estruendo de sus voces y sus carcajadas, pero apenas se ponía de pie volvía a arrojarse a la cama para seguir llorando. Cada vez que se contemplaba en el espejo sufría un nuevo sobresalto. El rostro se le había hinchado; unos ojos semicerrados, de rata, dejaban vislumbrar una mirada lamentable. Los sollozos no lograron liberada de

la opresión vivida durante los siete años de matrimonio que ese día había tenido la desdicha de celebrar. A duras, a horribles penas, se logró levantar; salió de su cuarto, caminó hasta la escalera, y, desde allí, echada en el suelo, al lado del barandal, invisible para los demás, temblorosa, se dedicó a observar a los concurrentes. Una ola de incontenible ebriedad parecía haber desquiciado a aquella chusma insolente. La consternó ver a Gaspar, en mangas de camisa y sin corbata, bailar en abierto desenfreno un mambo con María Dorotea, quien abría sin cesar la boca, sacaba y metía la lengua, fingía que masticaba un chicle, como la más vulgar de las cabareteras, acercando con pasitos obscenos la parte inferior de su cuerpo a la de su primo, para alejarse al instante, poniéndose luego en cuclillas frente a él, con movimientos animales, dando la impresión de ser una mujer que pedía clemencia y que a la vez impulsaba el ayuntamiento con el macho, lo que no sólo carecía de gracia sino que llegaba a resultar repugnante. ¡Un espectáculo atroz! Nada le habría gustado tanto como ver a Gaspar, hundido en un sillón, apartado de los demás, el rostro contraído por la desdicha, consciente, ¡a saber cómo!, de la asombrosa revelación vivida por la mujer amada. Volvió con paso lento, apoyándose en las paredes, al dormitorio matrimonial; la crisis había pasado, dejándole una secuencia de exaltación y de melancolía. ¿Tenía caso correr los gravísimos riesgos que le deparaba el futuro inmediato por un hombre que en los momentos en que ella caía vencida por las emociones se complacía en bailar de la manera más grosera con una mujer tan deleznable como María Dorotea? Su mente se había lanzado a cabalgar ya sin freno. Hacía proyectos, los descartaba; los detalles del programa que debía realizar en un futuro próximo surgían en un incesante chisporroteo, se entreveraban, se neutralizaban, la aturdían. Los resultados le parecían estar al alcance de la mano. Eso sí, se repetía, era necesario que Gaspar hiciera avanzar los trámites de divorcio. La mujer con quien se había casado se resistía a dejarlo en libertad. Jacqueline se sentía más bien confusa. Los últimos diez meses constituían el periodo más feliz de su vida. Cuando Gaspar le contaba sus desdichas conyugales, su preocupación por el futuro de sus hijas, la hacía participar de su tristeza, de sus temores, la convertía no sólo en amante, sino a la vez en hermana, en amiga y en madre.

Se volvió a sentar frente al espejo, se secó las lágrimas, se cubrió abundantemente la cara con crema refrescante. Se la limpió con una toalla. Se estudió con detenimiento en el espejo y, satisfecha al parecer, se tendió en la cama y comenzó a recordar.

«Todo principio amoroso tiene algo que asemeja a la aurora», solía decir Márgara Armengol. Una mañana se plantó ante el espejo, y empezó a cambiarse de ropa, comenzando por la más elegante, para decidir un buen rato después ponerse tan sólo una falda, un suéter, echarse encima un impermeable y colocarse, ladeada sobre la cabeza, una vieja gorra azul. En medio de los senos, sobre el suéter, se colocó un pequeño ramillete de margaritas de bisutería; en el centro de una de ellas se incrustaba un diminuto reloj, un broche sobre el que su marido hacía bromas del peor

gusto cada vez que lo veía. Al dirigirse en su automóvil hacia el Asunción se sentía como una estudiante francesa que asistía por primera vez a una cita amorosa. En la recepción del hotel le preguntó al administrador, un hombre rudo y mal afeitado, con el cuello de la chaqueta rebosante de caspa, si sabía dónde podía comprar dos cadenas, una fina, de oro, para el reloj, que le permitiera separarlo unos treinta centímetros de su pecho para no tener que quitárselo cada vez que quisiera ver la hora, y otra tosca, de cuero, para su perro; así era, una cadenita de oro para ella y un collar con correa para su perro, le repitió a aquel tipo mal encarado, quien de mala gana le sugirió pasar al Sanborn's más próximo, el del Paseo de la Reforma. En ese momento apareció Gaspar Rivero, el cual se quedó evidentemente confundido por su presencia. A Jacqueline no le cabía la menor duda de que la intensidad de las miradas cruzadas a espaldas de su marido, en las ocasiones en que se habían visto en casa, debía hacerle saber a su primo que el día en que tenían que encontrarse a solas se acercaba. La acompañó cortésmente a la puerta del hotel, donde le dijo en voz baja que no era conveniente pasar a saludarlo allí porque Morales, el administrador, podía saber quién era, malinterpretar esos encuentros y darle una falsa versión de ellos a su marido.

Jacqueline preguntó a qué horas sería prudente pasar por el hotel sin temor a taparse con el administrador.

—Morales es un perro; no conozco a nadie más perro que Morales —respondió Caspar—. Se pasa el día entero metido en el hotel. Si pudiera lo convertiría en su perrera, y no saldría nunca de aquí para no gastar en alquileres ni en comida. Se marcha, contra su voluntad, todos los sábados después de comer y no vuelve a presentarse sino hasta el lunes, de madrugada —le explicó Gaspar.

Y el viernes por la tarde de esa misma semana Jacqueline le telefoneó. Dijo que, como era su costumbre, Nicolás se había marchado a Cuernavaca; estaba segura que con una de sus ínfimas amantes, pero que no le hablaba para informarlo de los detalles de su vida conyugal, aquel tema no tenía nada de interesante, sino para invitarlo a una reunión el día siguiente por la noche; le agradecería que conociera su verdadero mundo, aquel donde ella se movía como pez en el agua. Siempre la había visto atrapada en ambientes hostiles, el de los empleados de Nicolás, o, peor aún, el de sus propios parientes, de quienes tantas cosas la separaban, como con toda seguridad ya habría advertido. ¿Qué podía tener en común, por ejemplo, con su cuñado Jesús, el herrero?, ¿podría decírselo? ¿Había advertido lo impresentable que resultaba María Dorotea con esa corona de oro que se había hecho montar en la boca? Sólo cambiar con ellos el saludo le crispaba los nervios. Deseaba por eso que se trataran en medio de su auténtica familia, no la deparada por la fatalidad sino la que había voluntariamente elegido, un reducido grupo de amigos que, estaba segura, le iba a encantar. Y así fue como lo llevó a una de las fiestas de Márgara Armengol. Ese sábado se esmeró en las compras, y por la tarde pasó a dejar en casa de su amiga frascos de mariscos y de espárragos, embutidos, jamones, varias clases de quesos,

nueces, frutas, un amplio surtido de bebidas. Cuando llegaron a la casa de Márgara, la concurrencia oía un viejo disco de Elvira Ríos. Gaspar se empeñó en que bailaran; ella le dijo en voz queda que era música sólo para escuchar, que, además, en casa de su amiga no se acostumbraba bailar. Todavía recordaba su gesto de despecho; masculló algo que Jacqueline no logró comprender, pero que la decidió a bailar con él ante la mirada burlona de los demás. A las dos piezas se sentaron. ¿Era posible que aquel hombre tenso, esquivo, huidizo, fuera el mismo primo que tanto la había atraído por su espontaneidad de trato? Imposible no advertir que él se sentía a disgusto en medio de aquellos a quienes calificó de snobs presuntuosos y apolillados. Por primera vez se le ocurrió a Jacqueline que esas fiestas podían contemplarse bajo una luz diferente a la que estaba acostumbrada. Salieron de allí temprano, antes de la media noche. Contra la voluntad de su primo, se empeñó en llevarlo al hotel. Jacqueline trataba de mantener una conversación; él, en cambio, le respondía sólo con monosílabos renuentes. Al llegar a su destino, bajó del auto, y, como si así lo hubieran convenido, se introdujo en el hotel junto a Gaspar de la manera más campechana que le fue posible.

Gaspar Rivero se mostró poco dispuesto a invitarla a conocer su habitación; aducía que alguien podía verlos, que esa visita terminaría por saberse, que nada bueno podía resultar de semejantes historias; ella comenzó a canturrear una de las canciones de Elvira Ríos oída esa noche: «Querido, vuelvo otra vez a conversar contigo / la noche tiene un silencio que me invita a hablarte...», decidida al parecer a no escuchar argumento alguno que intentara disuadirla. De manera que él no tuvo más remedio que dejarla pasar. Jacqueline se sentó en la cama y se comenzó a desnudar con toda la parsimonia del mundo. Sobre una cómoda, vio la foto enmarcada en plata de una mujer con dos niñas a su lado. Sus hijas, le explicó él. Hicieron el amor, y ella se quedó con la sensación de que el acto había carecido de algo, casi de todo, y no por insuficiencias físicas sino psicológicas; le pareció que su primo la había poseído por mero compromiso, por control remoto, por interpósita persona, lo que en vez de abatirla le hizo sentir deseos de renovar el combate hasta que él pudiera vencer las resistencias que le imponía el temor. El acre olor que impregnó su cuerpo la excitó más que cualquiera de sus caricias. Fumaron un par de cigarrillos aún en la cama. Jacqueline comparó el cuerpo magro, nudoso, moreno, de su primo, con el suyo, blanco y redondeado. Por un momento llegó a sentir vergüenza y se cubrió con las sábanas; recordó luego que en alguna ocasión había oído decir que los flacos tenían especial predilección por la carne, es decir por las gordas, y sonrió. Cuando Gaspar pasó al baño a darse un duchazo, Jacqueline aprovechó la oportunidad para inspeccionar un poco el cuarto y registrarle los bolsillos. La asombró el abultado fajo de billetes que llevaba en la cartera. ¡Una fortuna! Su sorpresa fue aún mayor cuando descubrió en la cartera la foto ovalada de una mujer distinta a la que estaba con las niñas sobre la cómoda. Se vistió de prisa. Se sentía a punto de estallar de rencor. Al salir él del baño, ella le disparó sin preámbulos una

serie de preguntas indignadas. ¿Por qué le había dicho que estaba a punto de divorciarse cuando tenía la foto de su mujer a la vista para disfrutarla tanto al acostarse como al despertar? ¿Y la otra? ¿Cuál? ¿No recordaba, acaso, a la tipeja cuya foto guardaba en un bolsillo? ¿Creía, acaso, que no se había dado cuenta de que llevaba a esa gata, a esa auténtica puta, en el bolsillo del lado del corazón? Se levantó echando mano de la poca dignidad que le restaba, dispuesta a marcharse de allí de inmediato.

—No intentes volver a verme. Comería carne de víbora antes que regresar a este cuchitril —le dijo, guardando la fotografía ovalada en su bolsa de mano, y olfateando ruidosamente como si la habitación desprendiera un tufo repugnante. Tenía la boca amarga, la mirada perdida. Él se peinaba con aparente calma frente a un espejo, sin hacerle demasiado caso. Se conformó con decirle que jamás hubiera imaginado que cayera tan bajo como para andar hurgándole la ropa; le pidió que devolviera la fotografía, ella soltó una ruidosa carcajada y dijo a toda voz que se la arrancara por la fuerza si era tan macho, que ningún escándalo la arredraba. Gritaría como una loca, y que se enterara su marido de lo que estaba ocurriendo si se hacía necesario; ya le diría entonces que su empleadito modelo, el que se hacía pasar por un silencioso y honrado joven de provincias, cargaba una fortuna en la cartera, a ver cómo lograba explicar ese fenómeno. Gaspar se anudó la corbata, se puso el saco, le indicó la puerta y la acompañó hasta el automóvil sin pronunciar una palabra. Al llegar a su casa, Jacqueline clavó cuatro alfileres en la foto, dos en los ojos, uno en la boca y otro en medio de la frente.

Un mes después, más o menos, se le ocurrió organizar otra de aquellas fiestecitas que tanto detestaba. El acre olor del cuerpo de su primo se le había vuelto una obsesión. No era el tufo típico de un desaseo corporal, sino un olor interno, tal vez el resultado de un determinado funcionamiento endocrino. Aquella reunión no le hacía la menor gracia, pero le pareció imprescindible dadas las circunstancias. Le pidió a su marido que invitara a Gaspar, pero él olvidó hacerlo y la fiesta familiar fue un desastre. Sabía que algunas personas consideraban su amplitud de criterio como un signo de vulgaridad; invitaba a los que tal afirmaban a que observaran durante cinco minutos a María Dorotea, a María del Carmen y a sus maridos para saber con toda exactitud lo que era la verdadera ordinariez. En esa ocasión comenzó por aburrirse a morir y luego, al convencerse de que su primo no llegaría, se fue poco a poco sulfurando. Al final comenzó a decirles sus verdades a los presentes, quienes le correspondieron con la misma moneda. Al dirigirse a ella la llamaban María Magdalena, lo que era suficiente para sacarla de quicio. Fueron tan desagradables las palabras que cruzaron en esa ocasión que las reuniones familiares en casa de los Lobato terminaron para siempre.

Y un buen día se presentó Nicolás acompañado por Gaspar Rivera a la hora de comer. Durante el café los primos comenzaron a intercambiar algunas palabras; en ese momento se inició la verdadera época de oro de la relación. Jacqueline bajó de

peso; renovó, moderándolo, su vestuario; dejó de asistir a las fiestas en casa de Márgara Armengol; visitó a su amiga sólo muy de vez en cuando para hacerle confidencias apasionadas, a las que la otra respondía, recordándole que su casa estaba siempre abierta para ambos; que de inmediato, a pesar de la timidez que lo caracterizaba, había advertido la calidad de aquel muchacho, pidiéndole de paso su colaboración para un cocktail que pensaba ofrecerle a un joven escritor por la publicación de su último libro, a un dramaturgo por su próxima boda, o a un pintor por una muestra reciente, añadiendo que desde luego confiaba con su presencia en tales ocasiones. A su primo, no había ni que decirlo, lo consideraba ya como un invitado permanente.

Ahora bien, para que este relato comience a cobrar sentido habría que partir del momento marcado por el crujir de una pata de cangrejo y el disparo de un tapón de champaña. ¡El instante que decidió el destino de nuestra querida Jacqueline! Durante esa noche y los siguientes días volvió a repasar la suma de agravios que constituía su vida matrimonial. Estaba decidida a actuar, pero tenía que ser muy precavida en la manera de tratarle el asunto a su primo. Gaspar era demasiado sensible, se decía; carecía de su fortaleza. No entendería su necesidad de venganza después de tantos años de ultrajes. Era un buen muchacho, un inocente. Empezó, pues, por decirle lo mucho que sufría al pensar en él, en ambos, en aquel amor asfixiado que vivían, con un presente raquítico, sin ningún futuro. No veía soluciones. Si se divorciaba, Nicolás podía dejarla sin un centavo y a su primo sin empleo. ¿Volver a la miseria? ¡Ni loca! Le resultaba intolerable, decía, que su marido le pusiera la mano encima, que se apoderara de su cuerpo cada vez que le venía en gana. Nadie podía imaginar lo brutal, lo abusivo que podía ser en semejantes circunstancias. Durante varios días no hizo sino repetir aquel discurso, refiriéndose a la fortuna inmensa en que nadaba Lobato, un hombre indigno de disfrutar semejante bienestar, un cretino empeñado en dilapidar su capital en pirujas de ínfima categoría, y entonces volvía a insistir en que aquel dinero debería pertenecerle a él, a Gaspar, el cual, a los veintiséis años, en la plenitud de su talento, era en realidad quien lo merecía. ¡Si pudiera gozar del capital de Nicolás la vida se convertiría en un paraíso!, afirmaba tendida en una de las desvencijadas camas del hotel Asunción. ¿O no? ¿Se atrevía a contradecirla? Imaginaba escenas gloriosas, que por lo regular culminaban en un paseo en góndola por los canales de Venecia. Al principio, la risa con que Gaspar recibía esos comentarios tenía algo de taimado, como si el solo hecho de escuchar una broma riesgos a pudiera comprometerlo; luego fue sucumbiendo a la reiterada prédica de su amante, pues Jacqueline ya no sabía hablar de otro tema. Comenzaron, él de la misma cauta manera en que al principio sólo la oía, como si se tratara tan sólo de un juego, y ella ya sin ninguna traba, a decidir uno a uno los pasos necesarios, hasta que la fantasía se desvaneció del todo y se encontraron hablando perfectamente en serio. Jacqueline ofreció datos muy valiosos. En la casa había una pistola. Nicolás la guardaba en el fondo del cajón central de su escritorio. Cuanto antes se la mostrara,

mejor. A partir de cierto momento tendrían que dejar de verse para evitar sospechas. Se encontrarían sólo las veces que Nicolás lo invitara a comer en casa. Gaspar dijo que acompañaría a Nicolás algunos fines de semana; varias veces se lo había pedido, quería interesarlo en los trabajos que llevaba a cabo en Cuernavaca. Ellos se comportarían con toda naturalidad, actuarían con la mayor discreción, vivirían separados hasta que llegara el momento de hacerle morder el polvo al vil tirano. Jacqueline se sintió recorrida por un delicioso estremecimiento al escuchar aquella expresión. La única condición que ponía era la de no ser él a quien tuviera que disparar. En primer lugar, jamás había tenido una pistola en las manos; en segundo, era una labor que no le correspondía a un cónyuge. Ella, por ejemplo, no osaría pedirle a Gaspar que asesinara a su esposa. Había cosas que se podían hacer y otras que no, que ni soñarlo.

Antes de la prevista separación analizaron todos los detalles del proyecto para eliminar a Nicolás Lobato. En una ocasión, Gaspar llegó muy agitado. Habló sin pausas, lo que por momentos hacía bastante incomprensible su discurso. Acababa de visitar a uno de los tres abogados más eminentes de México, afirmó, quien le había prometido divorciarlo en unas cuantas semanas. El licenciado comenzaría por hacer investigar a su mujer. Contaba con los mejores agentes, de manera que si Rosario andaba puteando ellos se enterarían en tres patadas con quién y dónde lo hacía, con lo cual la tenían jodida. Si descubrían que no andaba metida con nadie, cosa que él dudaba, pues conocía muy bien sus apetencias, se darían maña para ponerle frente a los ojos un galán profesional. Los había muy hábiles, tipos que no fallaban nunca. Un buen día la encontrarían con la botica abierta y la pescuezona en la puerta. De inmediato funcionarían las cámaras fotográficas; el flash, lo que fuera necesario. Encontrarían al galán con las manos en la masa, como suele decirse. A partir de ese momento él estaría en condiciones de arrancarle, le gustara o no, su consentimiento para el divorcio. Había necesidad de dinero. Desde ese día Gaspar comenzó a pedirle sumas que a ella le parecían desproporcionadas, pero que, a pesar de la repulsión que le producían los métodos descritos por su primo para someter a su mujer y el lenguaje empleado al referirse a ella, le entregaba sin dilación. En cierta ocasión se vio precisada a darle la gargantilla de perlas que Nicolás le había regalado una vez en Roma para que la empeñara.

Desde la primera noche en que se había acostado con Gaspar se le despertó una necesidad imperiosa de hacer el amor con su marido. A medida que avanzaban los planes para asesinarlo, su ardor aumentaba de modo considerable. Nicolás Lobato estaba francamente sorprendido por el placer que obtenía en esas ocasiones, que ninguna mujer había logrado igualar. En Jacqueline los dos hombres creaban, al complementarse, una nueva figura erótica. La desgana de Gaspar se enriquecía con la acometividad de Nicolás. El olor a jabón y a desodorante de su marido, con el excitante tufo de su primo.

Tendrían que ser rigurosos, se repetían; debían de precisar una serie de detalles,

no dejar ningún cabo suelto. Gaspar opinaba que la eliminación de Nicolás Lobato debería tener lugar en la carretera a Cuernavaca. Ella manifestaría ese día su deseo de acompañarlo a ver las obras que se llevaban a cabo en Las Palmas; diría que luego seguiría hacia Tepoztlán, donde se reuniría a comer con algunas antiguas compañeras de la Universidad. Saldría con Nicolás. Lo convencerían de viajar, con el pretexto de enseñarle una vieja casa en demolición cuyas puertas, vigas y trabajos de herrería estaban a punto de ponerse a la venta, a un rancho al que había que ir por la antigua carretera, lo que evitaría pasar por las casetas de control donde alguien podía identificarlos. Gaspar conduciría el coche de Jacqueline, en cuya guantera encontraría la pistola. Los Lobato se detendrían en un sitio poco frecuentado de la carretera, donde Gaspar los estaría esperando para guiarlos por un camino de terracería. Cuando bajaran del auto, el amante se acercaría a Nicolás por la espalda y le dispararía a quemarropa, para tener la seguridad de no fallar. Luego él y Jacqueline regresarían a la capital en el coche de ella. Cada uno prepararía su alibí. No sería difícil. Ella llamaría a Márgara. Apenas iniciada la conversación, le diría a su amiga que la excusara un minuto, que alguien tocaba en ese momento en la puerta, y le pediría que por favor la llamara dentro de cinco minutos más. De esa manera podría probar que esa tarde estaba en su casa, en México. Gaspar entraría a cada momento al restaurante del hotel para hacer notar su presencia entre los empleados y los clientes; después se encerraría en su cuarto y pediría por teléfono una cerveza y unos bocadillos. Algo así. En la mente de varias personas quedaría fija la idea de que cada uno de ellos había pasado la tarde en la ciudad. Sobre el cuerpo de Nicolás y dentro del automóvil no quedaría ningún documento personal. La policía tardaría en identificar el cadáver. Quizás pasara más de un día sin que se comunicaran con ella para informarle que su marido había sido asesinado. Quedaban aún por afinar varios detalles. Inventar, por ejemplo, nuevos argumentos por si tenían la mala suerte de que algún conocido los viera regresar juntos, lo que aunque poco probable tenía que ser tomado en cuenta. Debía de hablar ya con la sirvienta y proponerle cambiar el día de asueto de los domingos a los sábados, para que en la fecha indicada no hubiera testigos del movimiento de la casa.

De esa manera maduró el proyecto. Gaspar Rivero comenzó a estudiar la carretera y sus posibilidades. Se dejaron de ver a solas. Convinieron en llamarse por teléfono sólo si era necesario y hablar en clave. En caso de emergencia se darían cita en un lugar prefijado: la librería Zaplana de la avenida Juárez, donde, ocultos tras las estanterías, podrían conversar a salvo. Fijaron la fecha del crimen. Jacqueline se sentía segura, muy cerca de eliminar el obstáculo existente entre ella y su felicidad.

Una noche, poco antes del día señalado, Nicolás Lobato se presentó acompañado de Gaspar. Cenaron y luego, cuando los dos hombres pasaron a la sala a jugar una partida de dominó, y a hablar en voz baja de algún misterio para ella inaccesible, Jacqueline no pudo resistir la tentación de ver el arma liberadora, tenerla en las manos, acariciarla. Calificó de morboso ese impulso, pero no pudo resistirlo. Al abrir

el cajón del escritorio, en cuyo fondo yacía el revólver, vio un sobre de fotografías y por mera inercia, sin ninguna curiosidad, podía jurarlo, lo abrió. Había en él varias fotos a color de tres parejas en traje de baño. Reconoció a Nicolás con una jovenzuela, sin duda una de sus empleadas, y también a Gaspar, besando a una mujer que posaba con los senos al aire. No supo la razón, pero en ese momento estuvo segura de que se trataba de la misma fulana en cuya foto había clavado los alfileres. Sí, no le cabía la menor duda de que era la misma mujerzuela cuyo rostro encontró en la cartera de Gaspar la primera noche en que estuvieron juntos. No se explica cómo no enloqueció para siempre en ese instante. Su primo, con aquella maldita cara de ángel, la había tenido embaucada durante meses como a una imbécil. Le había sacado dinero a manos llenas. Con una clarividencia que la asombró, vislumbró su futuro: después de los funerales de Nicolás Lobato, Gaspar fingiría amarla aún más; a su debido tiempo se casaría con ella, y luego, en la primera ocasión, la despacharía al otro mundo, tal y como se proponía hacerlo con su pobre marido, para heredar una saneada fortuna que pondría a los pies de la puta encuerada a quien besaba en las fotos. Con un movimiento crispado se apoderó de la pistola. Un grito terrible y otro y otro salieron de su garganta. Quiso dirigirse a la sala, pero en su confusión salió por una puerta distinta y de repente se encontró en el jardín, a oscuras. Lanzó al aire el primer disparo. Gritaba, aullaba, sentía el rostro bañado en lágrimas, quería morir, pero primero darse el lujo de matar al trapacero amante. ¡Había caído en sus garras como una imbécil! Los hombres corrieron a detenerla. Ella volvió a disparar dos, tres, cuatro veces más, sin saber contra qué ni contra quién. Sintió un golpe en la cara, algo baboso y salado se le derritió en la boca, sintió otro golpe y luego que le envolvían la cabeza con una tela pesada. Se dio cuenta de que le estaban pegando y le torcían la mano con que sostenía el revólver. Un calor asombroso le recorría el brazo derecho desde el hombro hasta la punta de los dedos. El resto fue el caos. Recuerda un piquete, una inyección aplicada en el brazo por un desconocido. Bastante más tarde, despertó en un cuarto blanco que al principio no logró identificar; una mujer sentada al lado de su cama le pedía que se tranquilizara: una enfermera. Lo único que comprendía era que no quería vivir; durante los siguientes días se negó a aceptar ningún alimento, la mantenían con suero, cuando entraba un médico o la enfermera se negaba a pronunciar palabra, no hacía sino llorar. Vio en varias ocasiones a su madre, sentada frente a ella, la oyó abogar por su marido, decirle que Nicolás sufría, que estaba muy mortificado, que lo único que deseaba era verla recuperada, y más tarde también él estaba allí, a su lado, le besaba una mano, las mejillas, pero no acababa de entender que le decía, y había momentos en que su cuarto se llenaba de gente, su madre, su marido, sus dos hermanas, alguna enfermera regañándola con una voz falsamente infantil, tremolando ante ella un dedo admonitorio, como se acostumbra hacer ante las niñas pequeñas cuando cometen alguna travesura. Poco a poco fue haciendo concesiones al mundo, disminuyeron los deseos de morir, un día probó los alimentos, dejaron de aplicarle el suero, y empezó a hablar con los médicos, con las

enfermeras, hasta con Nicolás; luego llegó otro día en que su marido se presentó con una maleta de donde la enfermera sacó el vestido que había estrenado el día del aniversario de bodas y la ayudó a vestirse. Nicolás le puso encima de los hombros un abrigo de pieles y en un dedo un anillo con una hermosa esmeralda. Se echó a llorar, apoyó la cabeza en el pecho del marido, y así, abrazados, tratada con una ternura que nunca hubiera podido imaginar en semejante bárbaro, salieron del cuarto, llegaron al automóvil y una vez más se encontraron en casa. Al ser depositada en su lecho comenzó de nuevo a llorar silenciosamente. Se dijo que por no hacer un escándalo innecesario en el hospital aceptaba el abrigo y el anillo, pero que nunca volvería a usarlos. No tenía deseos ni energía para hablar. No le interesaba preguntar nada. De alguna manera era agradable sentir la calidez y la fuerza que emanaba del cuerpo de su marido. Nicolás, desde que entraron en el dormitorio, tampoco hablaba, la tendió en la cama, le acarició las manos, y luego con una voz estrangulada le dijo que había sido una tonta, una tontita, una grandísima tonta, que la única mujer que había contado en su vida era ella, que no lograba comprender cómo pudo dudarlo, y que ahora tenía que ser buena y dormir, y ambos olvidarían más pronto de lo que imaginaban las tonterías del pasado, que la necesitaba, que la amaba, que la amaba, que la amaba...

Vivía con la tristeza auestas. Salía de una crisis para hundirse en otra. Por momentos apenas podía mover la cabeza, tan atroz se volvía su jaqueca. Los dolores de cuello y espalda la dejaban durante varios días paralizada. Consultó con varios médicos, entre ellos algunos psiquiatras; les hablaba de todo: los traumas de la infancia, las infidelidades de Nicolás, que más de una vez, les decía, y casi se lo creía, la habían llevado al borde del suicidio; su afán de saber: el antídoto a todas sus desdichas. Una especie de loro incapaz de interrumpir el flujo interminable de lamentos. Lo que sí, en todo momento mantuvo un silencio de hierro en torno a sus amores con Gaspar Rivero y a la trama criminal urdida por ella y su primo. No sabía si de verdad recibía ayuda de los doctores: le prescribían pastillas que le resecan la boca y la hacían actuar como una autómatas, cuando no dormirse a toda hora. Tan pronto como se convencía de que el tratamiento no avanzaba cambiaba de médico. Creía que nunca se repondría de la vergüenza de haber sido burlada de una manera tan miserable por aquel pillastre que mientras la aletargaba con su ácido aroma corporal le juraba amor eterno. Nunca hubiera podido sospechar la magnitud de su propia ingenuidad, su estupidez, su incapacidad para advertir algún eslabón en la cadena de engaños de que había sido víctima; pasada la crisis, el espejo tejido de mentiras le resultó tan claro, tan evidente, que sólo un ciego hubiera podido no verlo. Cuando Nicolás Lobato pasaba a verla, por lo general la hallaba tendida en la cama con aire desolado. Tenía siempre un libro abierto a su lado en cuya lectura parecía no poder concentrarse. Si le preguntaba cómo se sentía, invariablemente lloraba, salía de la cama con desánimo, caminaba con torpeza, ponía su cabeza en el pecho del marido, lo abrazaba y seguía sollozando con mayor desamparo.

Una tarde, Nicolás comentó que había decidido dejar Coyoacán. Era necesario olvidar de raíz los acontecimientos recientes. Estaba a punto de comprar una residencia en Palanca, en la calle de Julio Verne, donde iniciarían una nueva vida. Una casa amplia, desgraciadamente en malas condiciones, con un jardín de excelente tamaño. Uno de los arquitectos que trabajaban en Las Palmas comenzaría a restaurarla tan pronto como tuviera un poco de tiempo libre. La vida les depararía aún momentos extraordinarios, ya lo vería. Por cierto, deseaba que las escrituras de la casa estuvieran a nombre de ella; dentro de unos cuantos días la molestaría para ir juntos al notario a firmar los documentos necesarios.

Jacqueline no volvió a preguntar por Gaspar Rivero, quien gradualmente desapareció de su vida. Había semanas en que apenas se acordaba de él; cuando lo hacía era con auténtico odio. Un día recibió la nada grata visita de María Dorotea, quien durante más de media hora no hizo sino repetir una serie de banalidades, para luego, como si le fuera imposible contenerse, dejar escapar que Gaspar vivía en Cuernavaca, donde supervisaba las obras de Las Palmas. Comentó que la semana anterior había visitado aquel lugar con Jesús, su marido, a quien se le habían

encomendado los trabajos de herrería. Describió con exasperante morosidad el estado de la obra. Dijo que en un pequeño local ya terminado, sobre una mesa, estaba de muestra una maqueta del conjunto. Algo portentoso, exclamaba con los ojos en blanco, sí, algo nunca visto, un sueño, un gran terreno alejado, aunque no demasiado, de la ciudad, un ramillete de maravillas. En el centro se levantaba el gran hotel, rodeado por un jardín que tenía las trazas de llegar a ser algo fantástico. En medio de un bosque de palmas, las canchas de tenis, las caballerizas, las piscinas. A un costado del terreno construían una hilera de bungalows y en el opuesto un edificio de departamentos con servicio de hotel. La maqueta lo abarcaba todo, hasta el campo de golf y las otras instalaciones deportivas. Al ver aquello con sus propios ojos, volvió a repetir, relamiéndose los labios con una vulgaridad extrema, se dio cuenta de que se trataba de una empresa prodigiosa, un sueño de las mil y una noches, una leyenda. Y a cada momento volvía a repetir que Nicolás era un hombre de negocios de gran estilo, con un colmillo del tamaño de una catedral. ¡Un caballero y un magnate! Nada le disgustaba tanto a Jacqueline como ver gesticular a su hermana con el exceso de teatralidad ramplona que recordaba haberle visto desde los primeros años escolares. Por ella se enteró de varias cosas que desconocía, por ejemplo que Nicolás había vendido el hotel Asunción, obligado por los tremendo gastos que exigía la construcción. Las Palmas acabaría por engullirse hasta la camisa de Nicolás, si éste se descuidaba, continuó la sabihonda. En los años por venir, aun después de poner en servicio el hotel, la obra devoraría no sólo el otro hotel sino tal vez hasta la agencia de viajes, pero llegaría el momento en que desaparecieran los problemas. Nicolás obtendría un préstamo hipotecario, y, si lo consideraba necesario, podría vender acciones sobre los bungalows y los departamentos con servicio de hotel. Nicolás Lobato le mostraría al mundo de qué era capaz.

Jamás, desde que podía recordar, le habían simpatizado sus hermanas, y con el transcurso del tiempo, María Dorotea, ¡con mucho la peor!, se le había vuelto insoportable. Las aborrecía, entre otras cosas, por negarse a respetar su voluntad. Nunca había logrado que la llamaran Jacqueline; seguían abonadas al antiguo y detestado nombre, María Magdalena, pronunciándolo con un retintín zumbón que la sacaba de quicio. Desde niñas, las dos, haciéndose una, habían adoptado hacia ella, la menor, una actitud competitiva que se fue intensificando hasta terminar por agriar todo vestigio de relación amistosa. Tratarlas, consecuentar a sus maridos en el periodo en que Gaspar Rivero se aprovechaba de ella, fue algo que en varias ocasiones le pareció superior a sus fuerzas. Lo había hecho para crearle un marco de normalidad a la presencia de su primo en casa. Debía, pues, señalarles que ese periodo formaba parte de un pasado irrepetible. Jacqueline recibió la información de que Gaspar seguía trabajando al lado de su marido con una sangre fría que ella misma calificó de admirable y que desconcertó por entero a su hermana; ni un músculo facial se le alteró ante la mención de aquel nombre aborrecible. María Dorotea no logró percibir una brizna siquiera de la ráfaga de cólera que azotó a su hermana al oír

mencionar a aquel hijo de la chingada que había estado a punto de destruir su matrimonio. Y ella se dio el lujo de no hacer el menor comentario sobre la magna obra que aquella aburridísima mujer, convertida en un ridículo vocero de Las Palmas, describía con voz que variaba sin ton ni son de lo meloso a lo estridente. Al observar la indiferencia de Jacqueline en la conversación, María Dorotea se desbarrancó de lleno en el único asunto que en esa ocasión realmente le interesaba:

—Sí, sí... gran suerte la de Nicolás que este primo nuestro se haya instalado allí —la sintaxis nunca había sido su fuerte—. Gaspar será leal; olvidará los problemas del pasado. Un muchacho noble, sano, fiel. Más de una vez le he recomendado: «Pásate una esponja por la memoria, muchacho, y actúa como si acabaras de conocer a su marido». Ya lo verás, María Magdalena, acabará por olvidar los malos ratos que le hiciste pasar, tus inútiles esfuerzos por acorralarlo. Tanto le debe a Nicolás que le pagará con lealtad. No quiero inmiscuirme en problemas ajenos; cada quien es el amo de su propio destino. Nicolás es un hombre ingenuo, es bueno, te quiere, pero toda ceguera tiene sus límites...

—La maldad procede de la ignorancia —dijo ella, caricaturizando el tono de voz de María Dorotea—, es fruto del mal gusto, de la cursilería. No sabes lo que me agradaría compartir contigo las charlas en que participo los sábados por la noche en casa de Mágina Armengol. ¡Cómo me gustaría que nosotras comenzáramos a departir... no pudimos hacerlo cuando éramos más jóvenes, la maldita miseria nos robó esa oportunidad... sobre *Los Karamazov*, *La metamorfosis*, o *Las señoritas de Avignon*, del célebre Picasso! Me encantaría proporcionarles a ti y a María del Carmen esas oportunidades que la vida les ha negado. ¡Pero ¿qué hago?! Yo aquí, hablando como un merolico, cuando esta tarde tengo cita con mi doctor, un hombre admirable, te lo aseguro; insiste en que me ponga a escribir. Según él, debería comenzar por un cuento; no creas, no me faltan ganas de describir la frustración de los mediocres, su rencor hacia todo lo que les resulta superior, hacia aquello que no lograrán alcanzar nunca. Tendría que situar mi cuento en una ciudad imaginaria, y en una época distinta a la nuestra, para no correr el riesgo de que alguien se pusiera el saco, ¿no crees? ¡Y sigo hablando! ¡Me voy, me voy!

Se puso en pie, y sin tenderle siquiera la mano a su hermana le deseó las buenas tardes, recogió una revista de una mesa y se dirigió a su habitación.

Conocía bien a María Dorotea; imaginó la espesa lluvia de anónimos que muy pronto se desplomaría sobre su casa. Tenía que actuar de inmediato, tomar las precauciones necesarias. A partir de esa conversación con su hermana desapareció la abulia que la había aquejado en los meses anteriores. Ese día, Nicolás no llegó ni a comer ni a cenar; lo esperó hasta bien entrada la noche y al fin se durmió sin verlo. Desde la gran crisis dormían en habitaciones separadas, por lo que no seguía muy de cerca sus movimientos. Al día siguiente desayunó sola; se vistió con mayor esmero que de costumbre, y, sin previo aviso, se presentó en la agencia de viajes.

Nicolás se asombró al verla entrar en su despacho. Antes de que él pudiera abrir

la boca, Jacqueline se apoderó de la palabra. Habló con voz neutra, vigorosa y lejana, como una locutora de televisión a la hora de las noticias:

—¿Te sorprende mi visita? Ayer estuvo en casa María Dorotea, mi hermana. ¿Sabes de lo que es capaz semejante hiena? Me reveló, sin omitir detalles, tus nuevas infidelidades. —Para su propia sorpresa, al emitir aquella mentira, una onda cálida invadió su rostro, la voz le tembló, los ojos se le nublaron con unas lágrimas a punto de brotar—. Soy y he sido una mujer que se respeta a sí misma. —Sintió el rumbo bastante extraviado—: Me corregirás si miento. A tu lado he llevado una vida abominable... Soy una mujer que convalece... Me importa sobre todo mi superación espiritual... No te he dado la felicidad que deseabas... la has buscado por tu cuenta... —Las lágrimas le bañaban las mejillas. Advirtió que era necesario llegar a fondo, antes de que Nicolás pudiera salir del desconcierto. En medio del llanto levantó la voz, y logró un efecto espantoso y patético—. ¡He sido insultada! ¡Calumniada! Me dijo María Dorotea, con la bajeza que la caracteriza, que ese cómplice miserable al que mantienes en Cuernavaca, por desgracia mi pariente, asegura que yo lo perseguía, ya te imaginarás para qué... —De su voz desapareció el gimoteo y fue sustituido por una racha de cólera—. Mi vida es transparente y eso tú no lo toleras. Preferirías que fuera una pinche putilla, que te igualara en vicios, en lujuria; eso te justificaría para tratarme como me tratas. Vengo a decirte que abandono tu casa. Me voy como llegué. Pude haber sacado mis maletas para que al regresar no encontraras ni mis señas. Preferí darte la cara. Pronto sabrás mi dirección. Si quieres el divorcio cuenta con él. Si deseas que vuelva, también lo haré. Pero para que eso ocurra, y me imagino que no es nada fácil, tendrías que deshacerte de tu cómplice, alejado definitivamente de nosotros; me imagino que te tiene en sus manos, algo debe saber que ni siquiera a mí te has atrevido a confiarme; no logro explicarme de otra manera la relación existente entre ustedes. —Tomó sus guantes, su bolso negro, e hizo una salida de gran efecto, como las que les había visto a ciertas actrices en los momentos culminantes de una película.

Nicolás Lobato se levantó con parsimonia de su asiento, corrió a la puerta, la abrió, salió con Jacqueline y la condujo en su automóvil a un restaurante, insistiendo que sería más agradable conversar allí que en su despacho. Del diálogo que siguió se desprendió que el sábado siguiente despediría a Gaspar, y que en un par de meses saldrían rumbo a Europa, donde sólo habían estado una vez, poco después de casados, doce o trece años atrás.

Todo resultó de esa manera. Gaspar abandonó Las Palmas y ellos pasaron cinco semanas en Europa. Durante el resto de su vida Jacqueline no volvió a ver a su primo ni a tener noticias suyas. A veces, muchos años después, se le hacía presente el acre olor de su cuerpo y se quedaba perturbada por un buen rato.

Poco después de regresar de Europa, Jacqueline recibió la visita de Márgara Armengol. Hacía casi un año que no se veían. En los últimos meses de sus relaciones con Gaspar Rivero dejó de frecuentarla. Jacqueline se sentía ofendida porque después

de la enfermedad había llamado a su amiga y ésta nunca la había visitado ni respondido a su llamado telefónico. Al verla, olvidó sus resentimientos y comenzó a relatarle algunas de sus impresiones de Europa. Lo ideal hubiera sido hacer un viaje juntas, comentó; la energía de una y la cultura de la otra habrían podido configurar la experiencia perfecta. Márgara parecía mucho más seria, solemne casi, con una evidente disminución de su sentido del humor. Contestó que los amigos seguían reuniéndose en su casa, pero más espaciadamente, los tiempos eran otros, el tono de las reuniones se había modificado; era más elevado, podía decirse. La época del relajo se hundía en el pasado. Cada edad, añadió severamente, tenía necesidades y requerimientos diferentes. Había decidido transformar su casa de Coyoacán en una Academia.

—La gente, por lo general —le explicó— tiene un talento que no ha desarrollado y está ávida de saber y al mismo tiempo de hacer oír su voz, pero no sabe cómo hacerlo. En nuestra pequeña Academia, un grupo de amigos nos comprometemos a proporcionar los elementos necesarios a las personas con ciertas inquietudes y así capacitarlas para dar un salto que hasta entonces les había parecido imposible. Piensa en tu caso, Jacqueline. A alguien como tú, que se quedó con los estudios a medias, pero que hierve en inquietudes intelectuales, nuestros cursos no sólo le permitirán ampliar sus conocimientos, sino también revelar algunas inexpresadas facultades creativas. —Le explicó que habría un taller de creación literaria, donde los alumnos aprenderían lo indispensable para escribir cuentos y novelas, un curso sobre los grandes narradores, «hermenéutica de la novela» llevaría por nombre, donde se estudiaría tanto a los novelistas clásicos como a los contemporáneos, y otro más de historia de las artes visuales. Las lecciones se impartirían por la mañana. Ella se encargaría del curso de hermenéutica; Julián Barreda dirigiría el taller de creación literaria, y un joven de origen italiano, Gianni Ferraris, un hombre inteligente, un descubrimiento, una auténtica delicia, desasnaría a su auditorio explicándole los momentos culminante de la historia del arte, de Altamira al presente—. Ferraris no hablará sólo de pintura y escultura —añadió—, como hacen por rutina los maestros de esta especialidad, sino que se ocupará también de estudiar otros medios visuales, la fotografía, el cine, por ejemplo. En fin, introduciremos cualquier innovación que se nos ocurra. La profesora Villalobos, Marina Villalobos, esa apóstol del pasado mexicano, organizará excursiones a sitios de interés histórico o artístico. Queremos contar con un programa flexible, que elimine rigideces y pedanterías que no hacen sino ahuyentar a los alumnos. En fin, ya juzgarás por ti misma y pronto me darás tu opinión, porque estoy segura de que no desdeñarás inscribirte en mi pequeño templo del saber.

Jacqueline se inscribió de inmediato en el taller de narrativa y en el curso de hermenéutica de la novela. Los resultados no tardaron en dejarse sentir: comenzó a escribir algunos relatos sobre su niñez desdichada, enriqueció su biblioteca con un buen número de novelas y algún tratado sobre literatura contemporánea. Todos los

martes y jueves asistía con algo parecido a un difuso aliento místico a la casa de Márgara. Fue un periodo feliz y apacible, por desgracia muy breve. Leía, meditaba, escribía, discutía. Logró expresarse con relativa soltura tanto oralmente como por escrito. Trató en algunas ocasiones de compartir sus experiencias con su marido, pero Nicolás le respondía con la misma indiferencia que hubiera mostrado de haber ella asistido a una reunión de señoras para hacer crochet o punto de cruz y se empeñara luego en explicarle los métodos aprendidos ese día. Los cursos fueron, desde muchos puntos de vista, un éxito. La vida social en casa de Márgara Armengol cambió de manera notable. La conversación se volvió académica. ¡Jamás leyó tanto en su vida! Gianni Ferraris, el profesor de origen italiano, en las primeras conversaciones casuales le resultó un hígado pestilente, pero después de ciertas dudas terminó inscribiéndose en su curso, y desde la primera lección sus enseñanzas le parecieron prodigiosas. Poco después se inscribió también en el curso de arte mexicano de Marina Villalobos, y de esa manera dobló su asistencia semanal a la Academia. La inscripción en el curso de Marina le permitía participar en las excursiones a sitios prehispánicos y coloniales que tenían lugar el primer sábado de cada mes. Al final de un trimestre se elegía un fin de semana largo para realizar viajes más ambiciosos. A principios de mayo se llevaría a cabo una excursión a Yucatán.

Le sugirió a su marido que hicieran juntos ese viaje. Lo hizo sin el menor entusiasmo; se trataba de una invitación meramente formal, pues estaba segura de que por ningún motivo Nicolás dejaría de ir a Cuernavaca a comprobar el avance de sus obras. De animarse él a acompañarla sus romos comentarios le arruinarían el placer del viaje. Recordaba con fastidio la sensibilidad de elefante de que había dado muestras constantes durante su viaje por Europa. En los últimos días de la estancia en Roma, fingió una permanente jaqueca para tener que salir con él lo menos posible. Sus comentarios llegaban a enfermarla. Por fortuna, Nicolás declinó la invitación; le propuso que fuera con Alicia Villaba, pero ella respondió que ni de broma, que no quería convertirse en la comidilla del grupo, que en ese caso prefería ir sola; tampoco eso fue posible, porque en vísperas de la salida a Mérida murió su madre y no pudo ni quiso sustraerse a sus obligaciones filiales. Sólo al tercer año de haber seguido los cursos, en abril de 1964, pudo volar al fin a Yucatán. El grupo de María Villalobos estaba compuesto por unos veinte viajeros, entre los cuales se contaba Gianni Ferraris, quien, igual que ella, desconocía la península. Volaron a Mérida sentados uno al lado del otro, y durante los primeros días en Yucatán no se separaron sino en muy breves momentos. Era muy agradable conversar con él, oírlo contar la historia de su familia, conocer sus proyectos, el más importante, el de instalarse en Italia dentro de un par de años y permanecer allá por tiempo indefinido. Más interesante aún fue pasear con él por Mérida y viajar a Uxmal y Chichén-Itzá, oír sus observaciones sobre el arte maya y sus comparaciones con otras culturas. Entre los cuadernos olvidados en Cuernavaca había uno que recogía los comentarios de Ferraris sobre los más diversos temas culturales, sociales y aun personales. Durante

ese viaje, Jacqueline enloqueció de entusiasmo ante las ruinas mayas, y también de amor, pues en el bar del hotel, una tarde, mientras tomaba un café, escribía unas postales y esperaba al profesor italiano, con quien había quedado en hacer un paseo por Mérida y cenar más tarde en un restaurante de comida típica, conoció por pura casualidad a David Carranza, un joven moreno, atractivo y elegante, que en muchos aspectos representaba la antítesis de Ferraris, el cual se sentó a su lado y de inmediato le hizo conversación, impresionándola de tal manera, que minutos después se escapó con él, fue luego a bailar y, lo que es más, lo invitó a pasar la noche en la misma cama.

Apenas pudo dormir. De madrugada, al entrar los primeros rayos de luz en la habitación, estudió con delectación el rostro del muchacho, maravillada al corroborar la sensualidad de una boca perfecta; pasó luego la mano con suavidad por el pecho velludo, las ingles, los muslos, el pene, y comenzó a frotar su cuerpo con el otro, de modo que poco después volvía a ser acariciada, vencida y penetrada, segura de que la insuficiente relación sexual con su primo había sido tan sólo un preámbulo a la plenitud de ese momento. Cuando el grupo estaba a punto de regresar a México, David Carranza la invitó a pasar una semana en Cozumel. Jacqueline telefoneó a su marido, le inventó una historia confusa y deshilvanada referente a la posibilidad de prolongar con unas compañeras del curso el viaje a Cozumel y tal vez a Isla Mujeres, y luego se dirigió al aeropuerto con su nuevo amante.

Durante el día tomaban sol y nadaban, bailaban por la noche, hacían el amor hasta el amanecer, y luego se hundían extenuados en el sueño. Ella le habló con toda seriedad de sus cursos, del motivo de la visita a Mérida, pues no quería ser considerada como una vulgar aventurera. David la escuchó con paciencia, con una sonrisa cortés, y al final le explicó que la cultura le parecía una propuesta muy respetable, debía admitirlo, pero que sus verdaderos intereses se fincaban en otra zona del conocimiento: la política. Ocupaba un puesto en la Secretaría del Trabajo; le habían ofrecido aquel empleo como una aviaduría. No era necesario, le comentó su padrino político, quien lo recomendó para el cargo, que se presentara en la oficina sino los días de pago, pero a él no le parecía correcta esa actitud, por considerarla, a corto y a largo plazo, una amenaza para su futuro político. Se apersonaba todos los días en la Secretaría, se las ingeniaba para hablar con sus superiores, mantenía las mejores relaciones con sus compañeros, especialmente con Manuel de Gracia, su coterráneo, con el cual compartía la protección del mismo padrino y de quien desconfiaba por completo, asistía a cualquier desayuno de funcionarios que estuviera a su alcance. Ésa era su vida. Allí mismo, en Cozumel, compraba todos los periódicos llegados de México, leía con atención las columnas políticas, las comentaba con ella, o, mejor dicho, se las explicaba de principio a fin, mientras permanecían tendidos en unas tumbonas frente a la piscina. Hablar de la vida política y administrativa del país constituía su mayor deleite. Podría no haber aprendido nada de derecho, pero el cursar la carrera de Jurisprudencia le había servido para relacionarse como era

debido. Apenas llegado de su Campeche natal comenzó a moverse en la política universitaria. Hacía hincapié en que un político de calidad debía cuidar con esmero de su presentación. Era una carrera que nada tenía de fácil. Había que correr durante una hora apenas salido de la cama, asistir tres veces por semana al gimnasio, elegir con el mayor cuidado la ropa adecuada. Mantenerse alerta ante las desmesuradas ambiciones de algunos intrigantes, como Manuel de Gracia, por ejemplo, cuya avidez por escalar era tan desmedida que sólo podía compararse a su falta de principios éticos. Jacqueline adoptaba tal expresión al oído que cualquiera pensaría que se hallaba en presencia de un titán. En las pausas que él le permitía, ella le contaba trozos selectos de su vida, le hablaba de sus frustraciones y torturas, del marido zafio que acostumbraba minimizar a los demás con alguna frase despectiva, y a quien en verdad nada le interesaba. ¿Podía imaginarse a alguien que detestara, preguntó con astucia, todo lo que tuviera que ver con la vida pública, al grado de repetir a cada momento que los políticos del mundo entero, pero muy en especial los mexicanos, eran unos pillos redomados cuando no unos grandísimos pendejos y que de todos ellos no había manera de hacer un hombre entero?

Le decía a cada momento que era diferente a todos los hombres que había conocido; le mentía al asegurarle que vivía su primera infidelidad conyugal, y le encantaba descubrir en David la misma procacidad de lenguaje y de actitudes que Nicolás Lobato empleaba cuando hacía el amor con ella. De repente desaparecían el tono aterciopelado al hablar, los ademanes elegantes, el lenguaje acartonado con que pacientemente le informaba sobre cada paso que daba para colocarse en la escena política; entonces asomaba la fiera. ¡Y vaya fiera!

Desde el primer momento fue consciente de la desmesurada vanidad de aquel galán. Con un mínimo de inteligencia, se decía, cualquier mujer podía tenerlo en un puño. Sólo era necesario fingir ante él una admiración y un interés constantes. La admiración la tenía, el interés por lo que decía, no. Después de dos o tres intentos de conversación aceptó, resignada, que no podía exigirle el mismo acercamiento que ella tenía hacia la cultura. Percibió también que cuando entablaban conversación con otras parejas en el bar o el restaurante, le agradaba oírlos hablar de arqueología maya, de libros o de música, como si fuera un universo compartido íntimamente por ambos, lo que la llenaba de satisfacción y le hacía perdonar sus deficiencias en esos terrenos.

Al volver a México las relaciones continuaron. A David le habían ofrecido, según dijo, poco después de regresar de Cozumel, un puesto en la Embajada de México en Roma. No quiso aceptarlo por no alejarse de sus verdaderos intereses. No quería marchar al exilio. Comenzó a trabajar en el programa de relaciones públicas de un senador que aspiraba a la gubernatura de su estado. Tenía, junto con un equipo de colaboradores procedentes de las más diversas disciplinas, que delinearle un plan de acción; una labor difícil, opinaba con energía, pues no se trataba de formular un modelo cualquiera sino un verdadero paradigma de gobierno. Alguien, el padrino por supuesto, había impuesto en ese grupo la presencia del inefable Manuel de Gracia,

que no perdía ocasión para llevarse las palmas y oscurecer de paso la labor de los demás. Se quedó sin comprender qué querían decir esas palabras; lo siguiente le resultó más claro: aquel senador le había prometido obtener para él, una vez lanzada su candidatura, un puesto como secretario particular del oficial mayor de la Secretaría de Marina. Luego se produjeron dos o tres reveses inexplicables. No sólo no obtuvo la ansiada secretaría particular, sino que por razones oscuras, donde lo único que le pareció evidente era la artera intervención de Manuel de Gracia, perdió la protección del senador, también la del padrino político, y, por consiguiente, el puesto en la Secretaría del Trabajo, donde sólo se paraba, según llegó a confesar en un momento de descuido, los días de pago para cobrar su sueldo.

Una tarde de lluvia, en el escueto e impersonal departamento habitado por David Carranza en la colonia Condesa, después de fornicar larga y plazeramente, Jacqueline, en un estado de notable exaltación, le aseguró que sus desgracias derivaban del hecho de ser demasiado noble, que nada en su persona ocultaba su grandeza, lo que con seguridad despertaba la envidia y el rencor de esa inmundada fauna de mediocres, frustrados, trepadores y resentidos que lo rodeaba, lo que Carranza aceptó con una imprecisa falta de convicción; le era necesario, añadió ella, un capital para respaldarlo y poder lanzarse en grande a la realización de sus sueños, no desperdiciarse en ser secretario de nadie; contar con un periódico, por ejemplo, que contribuyera a potenciar su personalidad. No era justo que unos cuantos miserables que vilipendiaban a quienes se esforzaban en prestigiar la política, lo tuvieran todo. No, no era justo, por más argumentos que le presentara no llegaría a convencerla. Desde que lo había conocido —hablaba como si rezara una plegaria— no había hecho sino pensar que en el caso de que su marido falleciera, ella, como heredera universal, dispondría de la fortuna necesaria para ayudarlo a crecer, contribuir a demostrarle a los demás de qué proezas era capaz David Carranza. Repitió la campaña de seducción que había empleado con su primo Gaspar. Para su sorpresa y alegría no tuvo que vencer ninguna resistencia. El político en ciernes, después de un mínimo instante de asombro, acogió con la mayor naturalidad del mundo la misión de enviar al otro mundo a Nicolás Lobato.

—¡Pensar que ni siquiera conozco a tu marido! —exclamó—. No importa, tenemos que tramar este episodio con el mayor cuidado; considero que emplear a un pistolero a sueldo es la solución menos recomendable. No me parece que una concertación de intereses pudiera resultar allí viable; cualquier matón con quien nos pusiéramos en contacto terminaría por extorsionarnos, por chantajearnos, nos dejaría en la miseria, si no es que en el cementerio. No se trata de una empresa fácil. Tendremos que bastarnos con nuestros propios recursos, atropellarlo, asfixiarlo, qué sé yo... Me parece conveniente hacer aparecer a alguien, a Manuel de Gracia, por ejemplo, como autor intelectual del crimen. ¡Mientras más pronto actuemos, mejor!

—Necesitamos una pistola —dijo Jacqueline, como si estuviera instruyendo a un púrpulo. El tono de voz y sus modales, adquirieron a menudo en ese periodo rasgos

propios de una actriz en una pieza didáctica—. El hecho de que desconozcas a mi marido juega en tu favor. Por otra parte, nadie sabe que vengo a visitarte. Nadie te asocia ni te asociará conmigo ni con Nicolás. Yo te introduciré en la casa, simularemos un robo. ¿Sabes disparar? Dejaré mi coche afuera y te daré las llaves para que puedas escapar con facilidad; luego abandonarás el auto donde te dé la gana. No habrá sirvientes ese día. Yo te guiaré, David. Confía en mí. Te espera un inmenso porvenir; yo quiero acompañarte en los amplios escenarios que el destino te tiene reservados.

—¿Y de qué manera implicaríamos a ese hijo de puta de De Gracia?

La respuesta era siempre la misma:

—Tenemos que olvidarnos de ese intrigante. Cualquier complicación accesoría podría perdernos.

Tal como había sucedido durante el tiempo que duró su anterior aventura sentimental, Jacqueline pasaba las noches en una especie de delirio erótico. Hacía el amor en su casa con una furia y una desesperación tan violentas que Nicolás Lobato se quedaba atónito, convencido de que nunca acabaría de abarcarla, seguro de que pasara lo que pasara sería siempre la mujer de su vida, la verdadera, la única, comprobando que cada año se ligaba con más ardor a ella, que cada día anunciaba su indudable superioridad sobre cualquier otra hembra conocida.

Por las mañanas seguía asistiendo a la Academia.

Después de comer, Jacqueline pasaba parte de las tardes en el departamento de su amante. Habían decidido leer novelas policiales para afinar los detalles. Pero con él eso no regía. Leía unas cuantas páginas sin concentrarse; luego tomaba el periódico, la acostaba a su lado y empezaba a descifrarle los editoriales políticos, los que casi siempre significaban algo distinto de lo que ella suponía. Mientras él leía y glosaba el texto, ella iba desabrochándole la bragueta, la camisa, soltándole el cinturón, para, al terminar la lectura, o a veces a mitad de ella, entregarse el amor como un par de tigrillos en celo. Jacqueline procuraba imbuirle entonces algo de su odio hacia Nicolás Lobato y hacer que fuera del acto fornicatorio no pensara sino en el crimen. Al mismo tiempo, jugaba con la idea de convertirse en la esposa de un futuro gobernador, en el vestuario que iba a necesitar, en las joyas que podría comprar, y, también, ¡faltaría más!, en las obras sociales y en la labor cultural que desarrollaría. Había comenzado, peligrosamente, a creer en los argumentos que le administraba a David para fortalecer su voluntad. Nombraría como asesores de gobierno a Márgara y al profesor Ferraris, quien con toda seguridad suavizaría la aspereza con que la trataba desde el día en que le había dado un plantón en Mérida.

Por fin se cambiaron a la casa de Polanco. Ya había perdido las esperanzas de hacerlo, tantas veces se habían suspendido las obras de remodelamiento. Nicolás quiso encargarse de todo, de los nuevos muebles, de la decoración, de los transportes; ella no tuvo sino que hacer sus maletas y mudarse. Allí encontró algo a lo que siempre había aspirado, un hermoso estudio para ella sola. Le pareció una

premonición: en los tiempos por venir, cuando llegara a ser la esposa de un político destacado, ese estudio le resultaría indispensable. También le alegró que el dormitorio volviera a ser común. Estaba ya harta de las alcobas separadas. La mudanza le dio la oportunidad de enterarse de dónde guardaba Nicolás su pistola y apoderarse de ella. Tan pronto como llegaron a la nueva casa la escondió detrás de unos libros, en una de las estanterías de su estudio. Si Nicolás Lobato trataba de defenderse no encontraría el arma necesaria para hacerlo.

La noche elegida se las ingeniaría para mezclar tres pastillas de valium de alta graduación en la cena de Nicolás. Pensaba declarar, después de los resultados que arrojará la autopsia, que su marido acostumbraba ingerir sedantes antes de acostarse y que tenía la impresión de que en los últimos tiempos abusaba de ellos. Días antes del cambio Jacqueline le dijo a Elena, la cocinera, que tan pronto como se instalaran en la nueva casa podría tomar sus vacaciones. Pensó que estaría bien que la otra muchacha, la encargada de la ropa, se quedara en casa para servir como testigo del asalto del que se enteraría cuando ya todo hubiera ocurrido.

Y por fin llegó el anhelado momento de la liberación. Jacqueline permanecía con su lámpara encendida leyendo *Las relaciones peligrosas*, de Choderlos de Laclos, libro que en esos días estudiaba en el curso sobre novela. Observó a Nicolás mientras se quedaba dormido. Lo hizo con la facilidad de siempre, tal vez más profundamente gracias al somnífero ingerido. En ese momento se levantó y abrió la puerta del jardín y la de la casa para que David pudiera entrar sin dificultades. Ella tendría que darle la señal cuando llegara el momento de subir a matar a su marido. Volvió a su cuarto, y, contra todo lo convenido, a pesar de la excitación propia del momento y del interés con que seguía la novela, se quedó dormida. De pronto despertó. Vio a Nicolás buscar algo en un cajón de la cómoda. ¡La pistola!, pensó, contrayendo el rostro en una mueca sardónica. Él se acercó a la cama y le dijo en voz baja que no se moviera, que no hablara, que al parecer alguien se había introducido en la casa, pero que él se le anticiparía y le daría una sorpresa. Ella cerró los ojos, esas intensidades no podían sino asustarla, no quería saber nada, oír nada, ver nada. «¡Dejemos que los muertos entierren a sus muertos!», murmuró, sin saber si era la frase justa para citar en ese momento. Estaba segura de que David sabría desempeñarse a pesar de que algo en los planes hubiera cambiado, que dentro de unos cuantos minutos sería una viuda, y que, aunque las circunstancias fueran complejas, ella seguía siendo una buena mujer, obligada a actuar como había actuado sólo por amor y por dignidad personal. Estaba a punto de repetirse la lista de agravios recibidos cuando de pronto abrió los ojos y vio que Nicolás había sacado, a saber de dónde, otra pistola con un cañón bastante más largo que el del arma que ella había sustraído, y que estaba a punto de salir de la habitación.

Con toda seguridad Nicolás encontraría desprevenido a David Carranza y dispararía, o, lo que sería peor, lo entregaría a la policía. Su amante pasaría largos años en la cárcel. Tal vez también ella resultara implicada en el proceso. Se levantó

aterrada de la cama. Tenía que prevenir al pobre muchacho que sólo esperaba en la sala una señal para subir y aniquilar al bárbaro. Se abalanzó con un pesado jarrón en los brazos hacia la escalera en la penumbra. Gritaba como enloquecida. La voz baja de Nicolás, pidiéndole silencio, la orientó hacia él y así pudo estrellarle el jarrón en la cabeza, los gritos no cesaban:

—¡Auxilio! ¡Al ladrón! ¡Socorro! ¡Al ladrón!

En ese momento se oyó un disparo y luego otros más. Ella no logró saber de qué pistola procedían. Se produjo una confusión absoluta. Muerta de miedo rodó al suelo y se prendió de una pierna de su marido; descubrió entonces que no podía gritar, que la molestaba un dolor agudo en alguna parte del cuerpo que no lograba precisar, que estaba a punto de volver el estómago.

Cuando la luz se hizo se encontró de nuevo en una cama del hospital de siempre. Era de día. Tenía la mano vendada. Una enfermera le decía que no tenía por qué preocuparse, había perdido dos dedos, pero dentro de unas cuantas semanas le pondrían otros aún más hermosos, la mano le quedaría lindísima, ya vería, mejor que antes. Nicolás, tratando de serenarla, añadió que no le cabía duda de que pronto detendrían al ladrón y recuperarían el automóvil. Esa mañana le habían comentado en la Procuraduría que tenían una carta que denunciaba al culpable, un tal De la Gracia si no lo engañaba la memoria. Estaba en observación; querían saber qué conexiones tenía, pero de un momento a otro lo pondrían tras las rejas. Jacqueline vio que tampoco su marido había resultado del todo bien librado; llevaba la cabeza vendada.

—¡Jamás me hubiera imaginado que tenía una mujer tan fiera! —dijo el imbécil—. Pero te equivocaste, hermana; me golpeaste creyendo que yo era el ratero.

Los ojos de Jacqueline se llenaron de lágrimas. Pensó que había sufrido demasiado. ¿Tenía algún caso seguir viviendo? Se negaba a mirar su mano envuelta en un vendaje aparatoso. ¡Dos dedos! ¿Cuáles podrían ser? Las lágrimas fluían sobre su rostro inmóvil, como el de un cadáver. Recordó que la noche anterior había estado leyendo un libro interesante, una novela que era una colección de cartas, que había oído disparos, y en ese momento se quedó dormida.

Corría el año 1968, el mes de mayo para ser precisos. Jacqueline se asomó a la ventana y respiró profundamente; se hizo la ilusión de que sus pulmones se llenaban de yodo. Habían pasado cuatro años desde la pérdida del pulgar y el índice de la mano izquierda. Desde la aplicación de la prótesis, Jacqueline no había dejado de sentir una extrema pesadez en la mano, cualquier movimiento le resultaba torpe.

—Lo cierto es que necesitábamos todos con desesperación esas vacaciones —le dijo a la cocinera, a quien habían llevado a pasar esos días con ellos. Jacqueline le impartía esa mañana órdenes con voz seca y automática, sin poner casi atención en lo que decía. Le ordenó poner a hervir los langostinos, y, una vez que estuvieran cocidos, quitarles de inmediato los caparazones; añadió que el apio había que cortado en trozos pequeños, para hacer una ensalada, que debía preparar un consomé de pollo y meter en el refrigerador dos botellas de vino blanco. Luego añadió, una vez más, que de verdad necesitaba con desesperación esas vacaciones al lado del mar. Arrastraba las palabras como si su enunciación le costara un gran esfuerzo. Caminó de un lado al otro, volvió a repetir con voz chirriante que era indispensable cortar los langostinos en trozos pequeños, que debía mezclarlos con el apio, que la ensalada la tomarían con vino blanco frío, aunque primero, como es natural, se debería servir el consomé. Abrió y cerró sin cesar el refrigerador hasta terminar por colocarse al lado de la ventana, como si no quisiera perderse el espectáculo del jardín y el mar.

Nicolás había alquilado no lejos de Pie de la Cuesta esa casa aislada de todo; el doctor le había ordenado un lugar tranquilo de preferencia a orillas del mar, mucho descanso mental, un poco de televisión y de ejercicio físico.

—¡Dios mío!, ¿qué es eso?, ¿qué ha pasado? —gritó de pronto, con los ojos fijos en el reloj—. ¡Hable!, ¿qué ha sido? —La sirvienta la contempló sin la menor expresión en la mirada—. Por favor, Elena, deje de mirarme así, le he dicho mil veces que no me intranquilece más de lo que estoy. Me pareció oír un disparo. ¿Oyó usted algo? —y sin esperar la respuesta, salió a toda prisa de la cocina, atravesó el comedor, llegó al jardín y contempló a su marido, despatarrado junto a la piscina. Eran las doce con dos minutos. Todo había sucedido como movido por un mecanismo de relojería. Fingió expresiones de sorpresa, de pánico, de dolor; para descubrir de pronto que no todo era fingimiento, que su rostro estaba bañado de lágrimas, que en verdad nunca había odiado a Nicolás, que se trataba de un error monumental, que nunca más podría mirar a los ojos a Adolfo, el joven y estúpido actorzuelo que se había decidido a cometer ese crimen. Al arrodillarse junto a su esposo recordó su generosidad, su nobleza, y al mismo tiempo ciertos caprichos desagradables, incomprensibles mezquindades del actor con quien tenía relaciones desde hacía un poco más de seis meses.

De repente Nicolás comenzó a incorporarse con una expresión de sorpresa en el rostro. En ese instante se oyó el disparo. Jacqueline intentó decir algo, pero el dolor la

venció, ni siquiera tuvo tiempo para lanzar un grito antes de caer a los pies de Nicolás Lobato; la bala se le incrustó en el hombro derecho.

Como si todo aquello no fuera ya demasiado patético, en el hospital de Acapulco, poco antes de que la condujeran a la sala de operaciones, cuando le aplicaban una inyección sedante, abrió los ojos, miró a su marido y con voz borrosa, perfectamente triste, murmuró:

—¿De manera que al fin has logrado deshacerte de mí...? —y se quedó dormida.

Desde sus años de estudiante universitaria sentía un vivo aborrecimiento por el mes de marzo. El día 15 era su cumpleaños. Detestaba su signo: Piscis, por supuesto. A menudo ha pensado que la mayor parte de los momentos deplorables de su vida se debían a la influencia de aquel nefasto signo sobre su destino.

El 15 de marzo de 1974, Jacqueline cumplió cuarenta y cinco años. Al terminar la lección de Márgara dedicada a La metamorfosis, se encontró con que la Academia había preparado en su honor una fiesta sorpresa. De pronto advirtió a su lado la presencia del profesor Ferraris, quien apenas le había dirigido la palabra desde el famoso viaje a Yucatán, en donde había conocido a aquel joven atolondrado llamado David Carranza, a quien, por cierto, no había vuelto a ver después del fallido asesinato de Nicolás Lobato. Tampoco había oído mencionar su nombre en los últimos diez años, ni lo había visto citado en los periódicos. Era evidente que aquel muchacho de amplias ambiciones y mínimo cerebro no había hecho la carrera política con la que tanto soñaba.

Ferraris comenzó a hacerle un análisis minucioso de los Piscis, habló de sus tendencias artísticas, sus obsesiones, sus indudables virtudes, sus riesgos, sus recompensas, y ella, quien durante años había correspondido a su displicencia con una actitud igualmente distante, comenzó, sorprendida por aquel súbito brote de elocuencia, a conmoverse. Era cierto, todo lo que le decía era verdad. Habría dado la vida por nacer bajo el signo de Leo, por ser una mujer Tauro, fuerte, decidida, implacable. Por supuesto, Jacqueline no le dijo a nadie cuántos años cumplía. Era imposible que alguien al verla pudiera adivinar su verdadera edad. No se había descuidado: masajes dos veces por semana, una dieta bien balanceada, ejercicios todas las mañanas, natación los sábados y domingos en Las Palmas, injertos de cabello que parecían auténticamente suyos. Quienes la conocían de tiempo atrás podían jurar que a partir de los treinta y cinco años la edad se le había pasmado y que su aspecto era aún mejor que el de entonces. Buscó un espejo con la mirada; no lo halló. Una inquietud le asaltó de repente. Tuvo que pasar al baño a examinar su rostro. No había en él nada irregular. Luego, cuando se dirigía al jardín, la afligió una nueva ola de tristeza. Una sensación de vacío: «¡Todos estos años transcurridos en la más absoluta vacuidad!», murmuró. No lograba comprender qué había hecho de su vida. ¿Qué le había pasado? A veces pensaba que era preferible tener un hueco en el centro de la mano y no esos dedos que le habían injertado y que movía con demasiadas dificultades. Le habían hecho una intervención quirúrgica en el hombro derecho. Podía escribir, siempre y cuando lo hiciera con lentitud; al comer, nadie advertía ninguna torpeza en sus movimientos. La habían operado, además, de quistes en las partes más íntimas. Estaba segura de que la fortaleza de que tanto se enorgullecía se cimentaba en una fe inquebrantable en la cultura. Seguía con tesón, año con año, los cursos en casa de Márgara Armengol. Había oído hablar una y otra

vez de Stendhal, de Flaubert, de Dostoievski y Tolstói, de Proust y Kafka, de la Woolf, de Borges y de muchos otros autores cuyos rasgos determinantes no siempre recordaba con precisión. Leía los libros que sus maestros analizaban en la clase, pero no era lo que podía llamarse una estudiosa; por lo mismo, si un profesor repetía durante dos o tres años sucesivos el mismo curso, ella apenas lo advertía. En cada lección tomaba notas, llenaba cuadernos y luego los guardaba en un cajón de su escritorio o en cualquier otra parte sin volver a darles siquiera una ojeada. El trato con la Academia de Márgara Armengol y otras circunstancias relacionadas con la bonanza económica de Nicolás Lobato le habían proporcionado una desenvoltura envidiable. Los viajes a Europa y a Nueva York, que para esas fechas podía hacer casi anualmente, sus lecturas, la frecuente conversación con agente mundana e ilustrada, la habían hecho adquirir una seguridad de la que hasta entonces carecía. Por impensable que pudiera resultar, su manera de vestir se había vuelto refinada. Sus mayores esfuerzos en la Academia se centraban en el taller de creación literaria. Escribía cuentos. Los temas eran siempre los mismos; había creado un universo personal donde las protagonistas eran por lo regular mujeres parecidas a sus hermanas; describía sus pequeñas miserias, sus sueños ramplones, el rencor que las embriagaba y enturbiaba sus días cada vez que se referían a la hermana triunfadora, su triste deambular entre la cursilería, la frustración y el tedio. Jacqueline contemplaba aquellas escuálidas figuras desde un mirador privilegiado. Había sido la única en su casa que pudo abandonar de modo definitivo la miseria. Cada vez que María Dorotea y María del Carmen creían haber salido de la pobreza era para volver poco tiempo después a chapotear en ella. Escribía los fines de semana en medio del esplendor de las palmeras, pues Nicolás le había hecho construir un pequeño estudio en el jardín. Su mesa de trabajo se hallaba al lado de un ventanal enmarcado por buganvillas de diversos colores. En medio de ese edén ella se deslizaba hasta la opaca sordidez que ceñía el mundo de sus hermanas. Por lo regular producía un cuento cada diez meses, es decir lo que duraba el curso.

De vez en cuando se repetía que adoraba a Nicolás, quien a los cincuenta años había adquirido un aire de triunfador imponente. La inauguración de su centro hotelero fue considerada en su momento como un acontecimiento turístico de importancia nacional. Estuvieron presentes en ella el gobernador de Morelos, dos o tres secretarios de Estado, representantes de los medios financieros del país y de los círculos sociales más cerrados. Nicolás lanzó la casa por la ventana. Jacqueline llevaba puesta una maravilla comprada en Nueva York especialmente para esa ocasión, una auténtica joya: un vestido de amplísimo escote, tela transparente color coral, muy corto por delante y con una pequeña cola en la parte trasera. Fue un día terrible. En Cuernavaca, donde por lo general las lluvias caen por la noche, se soltó de repente un ventarrón aciclonado y luego una tormenta con granizo que duró varias horas. Se abrieron los paraguas para cubrir al gobernador, a Nicolás, a ella, y a algunos de los huéspedes más distinguidos. Aun así, terminó hecha una sopa; su

ligero vestido fue el causante de que pasara las dos semanas siguientes en cama con una fiebre altísima.

Aunque el día de la inauguración hubiera sido radiante, aquella ceremonia le habría agradado con toda seguridad menos que el ágape sorpresivo con que Márgara Armengol decidió celebrar su cumpleaños. Volvió al jardín, donde ya para entonces se habían reunido sus compañeros de cursos y algunos otros de los años anteriores que asistían con el único fin de agasajarla, así como los cuatro o cinco maestros de la Academia. En la terraza habían dispuesto una mesa con bocadillos y bebidas. Emocionada, entre cerró los ojos y se dejó caer en una hamaca; se habría caído al suelo si una mano no la hubiera sostenido con firmeza. Se sintió mareada, angustiada, triste, recordó que años atrás, cuando aún poseía todos sus dedos, una quiromántica le había dicho que su equilibrio emocional se alteraría de una manera grave por la futura carencia del índice y del mayor. No habían sido precisamente éstos los dedos perdidos en la balacera, pero de cualquier modo... Sintió náuseas y ganas de llorar y de desaparecer para siempre de este mundo. Fue una sensación instantánea. Cuando abrió los ojos ya se había recuperado. A su lado, una vez más, se encontraba el profesor Ferraris.

La invadió una repentina timidez. No sabía qué decir; comenzó a hablarle, en medio de un gran aturdimiento, del viaje a Yucatán, de los días que, después de su separación, en Mérida, había pasado en Cozumel. De repente extendió hacia él la mano herida y le mostró los dos dedos postizos, rígidos, descoloridos. Con voz neutra, como de quien está de regreso de todos los horrores, le anunció:

—El precio que pagué por mi escapada a esa isla maldita.

—¿Un tiburón? —dijo él, desconcertado.

—Si quiere puede llamarlo así. He tenido que buscar el apoyo de más de un especialista. No debió usted permitirme hacer locuras. —Habla con tal intensidad que ella misma se sintió conmovida—. He pasado de las manos de un médico a otro. Acabo de terminar una terapia con un psiquiatra, el primero con quien me inicié, una vuelta a los orígenes, por así decirlo, y ahora estoy tratando de salir adelante con mis propios recursos.

Fue seguramente su intuición la que la llevó a seguir aquella línea de conducta. Observó con atención al maestro de arte. Había cambiado mucho desde la época en que lo conoció. Podía mencionar algunos añadidos: unas manchas blancuzcas en las sienes, una barba cortada con esmero, una mirada fija, con un dejo de perturbación. A su lado se detuvo un mesero con una bandeja de bocadillos y alguien más se acercó con las bebidas.

—Sólo puedo beber refrescos o algún jugo de frutas. —Y le explicó con cierto detenimiento que desde hacía algún tiempo vivía a base de ansiolíticos y antidepresivos. Se enteró de que a Jacqueline nunca le habían recetado los primeros. Ni siquiera sabía con exactitud qué eran—. Se trata de una novedad, por lo menos eso es lo que me han dicho. Uno debe perder el miedo a la química. Se trata de los

fármacos precisos para combatir los síndromes de angustia —añadió.

—¿Ah, sí? —preguntó Jacqueline, un poco atemorizada, decidida a cambiar de tema, y, si era posible, de asiento. Le pareció que habían dirigido la conversación hacia temas demasiado íntimos, y que de seguir por ese camino, ella, tan espontánea como era, comenzaría a hablar de los quistes que le habían extirpado de sus partes más íntimas. Era ya tanto lo que tenía que ocultar en la vida que cuando trataba de temas no específicamente peligrosos podía lanzarse a hablar como una loca, sin control alguno. Pero él no le dio tiempo de emprender la retirada y comenzó a relatarle algunos de sus infortunios. Le contó que era hijo de italianos, cosa que ella sabía muy bien, que había aprendido la lengua de sus padres antes que el español, que durante toda la vida se había considerado como un italiano radicado sin saber bien a bien el porqué en México. Perfeccionó el idioma en el Instituto Italiano de Cultura, hizo luego una maestría en literatura italiana en la Facultad de Filosofía y Letras; la mayor parte de sus lecturas las hacía, por supuesto, en italiano. ¿Tenía algo de raro entonces imaginar que el lugar donde le correspondía vivir fuera Italia?

—Me instalé en Milán, hará de esto unos cuatro años. Tal vez usted ni siquiera haya advertido mi ausencia —dijo con rencor—. Pensé que había llegado el momento de residir en ese país que consideraba mío y proseguir allá mi vida académica. A los pocos meses, descubrí que no tenía caso; el medio en que me movía era, lamentablemente, muy mediocre. Después de un par de años de no dar pie con bola decidí regresar a México; advertí de pronto que, me gustara o no, México era el único lugar que conocía y donde podía hacer algo. En Milán, en cualquier otra ciudad de Italia, sería siempre un desconocido. Me podía pasar allá toda la vida vegetando. Regresé, pues. Me incorporé de nuevo a la Universidad; retomé mis cursos en esta casa de la amistad y del saber creada por nuestra querida Márgara. Y aquí me tiene; me permito hacerle saber que el hombre que ha vuelto es distinto del que se marchó con la absurda ilusión de comerse el mundo a dentelladas. Pero México no perdona, mi estimada amiga, no perdona. A las pocas semanas de haber regresado fui víctima de un mal nervioso, de una enfermedad incomprensible que a partir de entonces no me da paz ni cuartel. He estado, se lo juro, a punto de volverme loco. La primer crisis me tomó desprevenido. Me sentí habitado por una fuerza extraña, destructiva, aborrecible, que se burlaba de todo lo que hasta ese momento había yo sido y me negaba cualquier posibilidad de enmienda. Fue algo despiadado. Esa noche equivalió a una temporada en el infierno. Me sabía la víctima de un mal oscuro y además era testigo de la posesión que se abatía sobre un hombre indefenso. Un verdadero desdoblamiento de personalidad, se lo juro. ¿La aburro acaso con estas manifestaciones de sinceridad, de las que, puedo asegurárselo, no soy nada pródigo? —preguntó de pronto con voz seca y desabrida. El círculo que rodeaba sus ojos era tan oscuro que daba la impresión de llevar un antifaz desde cuyas rendijas brillaba un par de ojos enloquecidos.

—Si alguien puede comprenderlo aquí, ésa soy yo, debe recordarlo —le

respondió Jacqueline—. Usted no puede imaginarse las que yo he pasado...

—A partir de esa noche vivo perseguido por el terror —continuó Ferraris, sin interesarse por lo visto en las que ella había pasado—. He visto a un psicoterapeuta que me ha ayudado a vivir; gracias a él he salido de lo más profundo del pozo, lo que está lejos de implicar que me sienta ya del todo bien. A partir de esa ocasión, y quizás así deba ser siempre, mi organismo se mantiene en pie sólo a base de la química. Me atemoriza la idea de suprimir de golpe los medicamentos, temo tronar irremediablemente. El miedo de que la crisis vuelva a presentarse es permanente, la idea de que en un momento del todo inesperado me pueda acometer otra vez el horror que he padecido no me permite vivir en paz. Las primeras horas de la tarde, después de comer, son las peores. ¡Qué desasosiego, madre mía, qué desasosiego! En esos momentos un ejército de hormigas parece recorrer mis nervios ya más que extenuados...

Calló. Jacqueline no sabía cuál debía ser el comentario apropiado. No hacía sino contemplar el rostro contrahecho por el sufrimiento y la mirada vencida y amedrentada del maestro de arte. Al fin respondió con convicción:

—Llámeme a cualquier hora cuando se sienta angustiado, cuando lo necesite, cuando le venga en gana. Llame a sus amigos. Llámeme a mí. Quizás eso pueda ayudarnos a ambos.

Y a partir de ese día comenzaron a hablarse por teléfono. Luego ella se decidió a visitarlo e iniciaron un fértil intercambio de cuitas. Hablaban a la vez, no se entendían, sólo sabían que se eran necesarios. Acudieron juntos a hacerse una limpieza con una curandera. La mujer recorrió la parte superior de sus cuerpos con huevos que después rompía al tiempo que declaraba que ambos, sobre todo él, habían sido escupidos por la envidia de sus malquerientes; se sometieron a ejercicios de yoga, a tratamientos de acupuntura, asistieron a la lecturas del tarot, a la formulación de sus respectivos horóscopos, y el mal comenzó a retroceder. Casi sin darse cuenta un día comenzaron a hacer el amor, como si fuera otro ejercicio más que emplearan para exorcizar a los demonios que los poseían. La tarde en que se desnudaron por primera vez, ella se quedó atónita ante el mal olor que desprendía el cuerpo del maestro y el desaseo de su ropa interior. ¡Algo de no creerse! Ese mismo día se propuso ayudarlo a corregir esa anomalía. Su vida, pensó Jacqueline, volvía a tener sentido. Amaba y era amada. Lo primero que tenía que hacer era devolverle al amante la confianza en sí mismo. Un sábado de verano tuvo lugar una charla de Ferraris sobre pintura italiana contemporánea en el salón de conferencias de Las Palmas. Consiguió, gracias al ejército de empleados movilizado por la siempre eficaz Alicia Villalba, quien había seguido a Nicolás Lobato a su empresa en Cuernavaca, que la sala estuviera repleta. Siguió una recepción fastuosa. De nuevo la casa salió por la ventana. Y al final, al anoecer, cuando el grupo de Mágina Armengol se disponía a iniciar la partida, y Jacqueline despedía, posesionada de su calidad de anfitriona, a los invitados, Ferraris le pidió que volviera con él a la capital. Ella le explicó, con una amplia sonrisa, como

si hablara con un niño, que le era imposible salir de Cuernavaca a esas horas, que tenía que darle su lugar al marido, a quien sólo veía los fines de semana, que Nicolás jamás entendería que ella regresara a México como una simple invitada más.

Y esa noche se entregó a Nicolás Lobato con un frenesí que volvió a sorprenderlo, y que, durante una temporada, se repetiría con igual intensidad todos los fines de semana.

Al telefonar el siguiente lunes a Ferraris, una voz seca y vidriada le respondió que deseaba mantener la mayor distancia posible entre ellos, que no podía sino sentirse burlado, se había creído unido a ella por un nexo humano y no meramente animal; por desgracia, se había equivocado. Un error más en su estúpida y confiada vida, tenía que reconocerlo. Ella le colgó el teléfono, subió a su coche y se dirigió a toda velocidad a la calle de la Higuera, en Coyoacán, donde se hallaba el pequeño apartamento de su amante. Tocó un buen rato en la puerta; cuando al fin se abrió, entró como un vendaval, arrastrando consigo a Ferraris. Llegó hasta el minúsculo y desordenado dormitorio, se dejó caer pesadamente en la cama y se echó a llorar. Un rato después, un poco más recuperada, le dijo:

—No ha sido mi intención angustiarte, Gianni Ferraris. Jamás podrás imaginar lo que ha sido mi vida, no lograrías comprender cómo he podido resistir, cómo he logrado mantener hasta hoy un destello de cordura. Dices haber descendido a los infiernos, muy bien, te lo creo. ¿Piensas, en cambio, que he pasado estos últimos años en un lecho de rosas? No he querido agobiarte con mis desdichas, no lo he hecho nunca, te consta, pero me parece ya necesario comenzar a hablar. ¿Crees que me ha sido fácil sobrevivir al matrimonio? —Y empezó a extenderse, enfebrecida, en las supuestas torturas a que la sometía la lascivia bestial de su marido. Le mostró la mano donde le habían aplicado la prótesis, moviendo con torpeza los dedos falsos, indicando notoriamente la cicatriz del hombro, como si todo aquello fuera el resultado de noches de lujuria criminal; él no hacía sino mirarla con ojos desorbitados —. Al conocerte descubrí que había ciertas cosas a las que ya no me era posible acceder. —Y sin transición alguna habló de las limitaciones intelectuales y morales de su marido, de la opulencia ofensiva en que vegetaba, de sus escandalosos dispendios. Añadió que en cambio para una conferencia como la de Ferraris y la recepción correspondiente había dado muestras de una mezquindad más que vergonzosa. Ferraris la oyó asombrado, pues jamás en su vida había asistido a un acto tan suntuoso.

A partir de ese día comenzó la acostumbrada cantilena: ¿por qué diablos debía Nicolás Lobato disfrutar de todos los dones de este mundo cuando un profesor de historia de arte, dueño de una amplísima cultura, necesitado de libros costosos y de viajes para actualizar sus conocimientos, tenía que darse por satisfecho con unos cuantos mendrugos, matándose en sus clases y dictando de vez en cuando alguna conferencia ante un público de meseros, peluqueros y botones de hotel, quienes por supuesto no tenían el menor interés en el arte? Jacqueline insistía como una gata,

maullaba sus agravios, dejaba caer en cada ocasión que le parecía propicia alguna insinuación sobre la innecesaria existencia de su marido en este mundo. Hacía siempre hincapié en el habitual desprecio de Nicolás por el arte y por cualquier manifestación cultural.

—No entiendo nada —decía él entre gemidos—; no me importa nada lo que piense o deje de pensar tu marido. Necesito tranquilidad, ¿no te das cuenta? Lo único que pido es paz y tú me asustas, me martirizas. Déjame solo, por favor, termina ya de angustiarme. Y en cuanto a la conferencia que organizaste en Cuernavaca —añadió dolido—, nunca me habías dicho ante qué clase de público me encontraba.

—No quería perturbarte, Gianni, no podía permitírmelo —respondió, para añadir al instante—: Si Nicolás muriera, y todas las noches le ruego a Dios que eso ocurra, vendería de inmediato Las Palmas, ese hotel faraónico que tanto detesto. Con eso tendríamos resueltos nuestros problemas para toda la vida.

Después de esas conversaciones las crisis nerviosas de Ferraris solían manifestarse con inusitada violencia. Todo lo ganado en las semanas anteriores se perdía al instante. Se tiraba en la cama, se retorció, se frotaba los brazos y el pecho. Las hormigas bajo la piel recorrían todo su cuerpo. Perdía peso de una manera visible. Pero las palabras de Jacqueline habían logrado infiltrarle su veneno. Si Lobato muriera, él podría recuperar la salud en alguna de las mejores clínicas del mundo, en las montañas suizas, en la Selva Negra, en Málaga. Se soñaba hojeando en una habitación de los Alpes una lujosa monografía de Giorgio Morandi enviada desde Italia para que él pudiera escribir un ensayo mientras se sometía al tratamiento adecuado.

—¿Y hay alguna posibilidad, me atrevería a decir alguna esperanza, de que tu marido pueda morir pronto? ¿Tiene algún problema de salud? —preguntó por fin un día.

—Nicolás Lobato es un roble, o al menos así se considera, pero seré yo quien se encargue de abatirlo. Ha llegado la hora de pagarle con maldad todo el mal que me ha hecho conocer estos años. Déjame pensar un poco en la manera en que tendríamos que eliminarlo. Podríamos dormirlo con un somnífero, por ejemplo, subirlo a un automóvil, llevarlo hasta un lugar montañoso en el camino a Cuernavaca, y una vez allí lanzar su coche a un precipicio. La muerte se produciría, me imagino, espero, de manera inmediata. Yo podría manejar su aura móvil, iríamos por la vieja carretera para no ser interceptados en las casillas de pago. Me pondría un impermeable que compré hace algunos años en Londres, un impermeable precioso, todo lo contrario de una piñata, te lo aseguro —dijo en un raptó de incoherencia, y luego continuó—: Detendría yo el coche al borde de un precipicio, me bajaría, y entonces tú, con el otro auto, le darías un pequeño empujón. Eso sería suficiente. Regresaríamos a mi casa de prisa a esperar el telefonazo que nos anunciara que ya todo había terminado, que nuestra opresión sin límites era un mero asunto del pasado, que el porvenir más radiante se abría ante nosotros para acogernos como a hijos predilectos.

Gianni Ferraris jamás dio su aprobación a esos proyectos; sin embargo, se dejaba manejar como un autómatas, como si no lograra escapar de un sueño. Hicieron varios viajes para localizar el sitio apropiado. Pensaron en la mejor manera de atraer a Nicolás Lobato a la ciudad de México, donde durante semanas enteras podía no poner un pie. Jacqueline repetía, con la viva sensación de algo ya visto, uno de los esquemas ideados por ella en el pasado. Se fingiría enferma, telefonaría a Cuernavaca como si estuviera moribunda. Tendría que ser un sábado por la tarde o al anochecer. El domingo no habría nadie en casa, subirían a un auto el cuerpo saturado de drogas de Nicolás y llevarían a cabo la gran operación.

Ferraris tenía que administrarse esos días dosis muy altas de tranquilizantes; sus reacciones eran cada día más lentas, su lenguaje más desmadejado. Jacqueline deseaba que el accidente ocurriera a la mayor brevedad posible, temerosa de que una demorada espera pudiese ser fatal para su amante. Le resultaba claro que su proyecto se hallaba aún en estado embrionario, que los detalles estaban apenas bosquejados, fijados con alfileres, pero confiaba en que todo quedara resuelto por la intuición del momento. Si no actuaba pronto, Gianni terminaría por resquebrajarse, por acabar en una clínica psiquiátrica. Ya a esas alturas de la relación no podían hacer el amor, así de gastado estaba su organismo; en cambio, los fines de semana pasados con su marido alcanzaban extremos orgiásticos, enloquecedores, como ocurría cada vez que ella preparaba su muerte.

Al final se decidieron por una fecha precisa; Jacqueline llevó de nuevo a su amante a estudiar el sitio elegido. Esa noche cenarían en su casa con Marga Armengol y un enamorado francés que la seguía a todas partes, un tipo antipático que tenía el insoportable defecto de hablar hasta por los codos. Como era lo habitual en la vida de Jacqueline, las cosas ocurrieron de un modo dramático, pero del todo diferente al que había previsto.

Esa noche, mientras cenaban con Marga y su parlanchín amigo, se presentaron de pronto dos agentes policiacos en el comedor de casa de Jacqueline. Preguntaron con tono perentorio por Nicolás Lobato, y como era natural ella respondió con cierta volubilidad que no se hallaba en casa, que muy rara vez cenaba allí, por la sencilla razón de que había trasladado el grueso de sus negocios a Cuernavaca; su marido era propietario, por si no lo sabían, del conjunto hotelero Las Palmas, un lugar tan importante que contaba hasta con un campo de golf. Al abrirse la puerta de la cocina pudo advertir que otros agentes habían entrado también en la casa e interrogaban a los sirvientes. Uno que parecía tener un rango superior insultó de mala manera a Marga y al francés, por tratar con su presencia de interrumpir la investigación, y les ordenó salir en ese mismo instante de la casa con la obligación de no moverse de la ciudad hasta que no recibieran autorización escrita para hacerlo. Jacqueline estaba asombrada. Por un momento la invadió la esperanza de que su marido no habitara ya en el reino de los vivos sin necesidad de que ella y Ferraris hubieran tenido que ensuciarse las manos. Tan pronto como Marga y su amigo abandonaron la casa, el

interrogatorio revistió otras tonalidades. Jacqueline y Ferraris fueron insultados con las palabras más soeces que fuera posible concebir. Ella tuvo la sensación de que los agentes daban por descontado que Gianni era su amante. Insistían en saber dónde estaba el marido, en dónde carajos lo habían escondido, cuándo lo habían visto por última vez, a qué hora había telefoneado ese día y desde dónde. No querían utilizar con ellos la rudeza a la que su silencio los hacía merecedores, dijo uno, dándole al mismo tiempo una monumental bofetada a Ferraris, por lo mismo exigían respuestas claras y veraces. ¿Dónde se había escondido Nicolás Lobato? ¿Hacia dónde había escapado? Luego siguieron las amenazas. Si no cantaban, dijo el mismo que tenía la mano pronta, al tiempo que sacudía con brusquedad a Jacqueline por un hombro, serían encarcelados, les meterían la cabeza en baldes colmados de mierda, y a ese mariconazo que tenía por calentón lo colgarían un buen rato por los huevos, ya verían si seguían jugando al mudo cuando sintieran un par de botas bailando mambo sobre sus preciosos vientres; cuando los dejaran sin un solo hueso sano, ya verían... ya verían...

—¿Qué le ha pasado a mi marido? —preguntó Jacqueline, temerosamente y ya del todo desorientada—. Dígamelo de una vez, se lo ruego.

—¿El culo en premio si te lo digo? Mira, muñeca de cagada, aquí la placa de preguntón la reservamos para nosotros, y es bueno que desde ahora te vayas enterando de eso —contestó con grosería uno de los oficiales, dándole de paso otro bofetón a Ferraris. Luego la habitación se llenó de policías y Ferraris comenzó a emitir gritos inarticuladas, moviendo los brazos como aspas de molino, y uno de los policías se colocó a sus espaldas, le torció las muñecas y los gritos comenzaron a transformarse en gemidos; todo el cuerpo le temblaba de una manera desaforada, mientras los agentes comenzaban a deshacer la casa en busca de algo que Jacqueline no lograba saber qué era. El contenido de cajones y gavetas yacía en desorden por el suelo. Al poco rato hicieron subir a la pareja en un automóvil de la policía y partieron rumbo a lo desconocido.

Jacqueline estuvo detenida durante casi dos semanas. En los interrogatorios pudo enterarse de que su marido había quebrado, según la policía, dolosa y fraudulentamente, y desaparecido de su emporio morelense. Después ya no entendió nada, la trataban como si fuera una criminal de la peor ralea, la insultaban, la sacudían, le jalaban el cabello, les interesaba saber dónde había escondido el cadáver de su marido. Durante días y noches enteros le preguntaron una y otra vez las mismas cuestiones. Ella nada sabía y por lo mismo nada pudo responder. Cuando al fin la dejaron salir buscó a Ferraris, y se enteró de que no había vuelto aún a su departamento. Peor que el rigor carcelario le resultó la lectura de la prensa. Por los periódicos se enteró de que ella y el maestro de arte eran sospechosos de haber cometido un crimen; concretamente, de haber asesinado a Nicolás Lobato en la vieja carretera a Cuernavaca. Ferraris había posiblemente hablado de sus proyectos y la policía daba por hecho que el crimen había ya tenido lugar. De cualquier manera,

Ferraris había declarado que su confesión carecía de validez ya que le había sido extraída por medio de torturas.

Le repugnaba leer aquella prensa, donde se la trataba con inaudita ordinariez. Lo único que faltaba era encontrar el cadáver, sostenían los periodistas. Había días en que creía estar a punto de volverse loca. Sus hermanos y hermanas no dieron ninguna señal de vida, lo que en el fondo les agradecía; las sirvientas la habían abandonado, aun antes de que ella volviera a la casa, amedrentadas con toda seguridad por la policía. Márgara Armengol se negó a responderle el teléfono; cuando, desprevenida, levantaba el auricular, al reconocer la voz apagada de Jacqueline, volvía a colgarlo de inmediato. La casa había sido víctima de un saqueo general, sus pieles, sus joyas, la plata, todo había desaparecido. El pobre Gianni seguía detenido y no le permitían visitarlo. El único apoyo lo encontró en Alicia Villalba. Ella había hecho las gestiones necesarias para ponerla en libertad, ella también la había puesto en contacto con el abogado de Nicolás Lobato, un tal licenciado Paredes, Marcelino Paredes, para ser exactos. Meses más tarde, ese mismo licenciado Paredes pudo presentar pruebas fehacientes de que Nicolás Lobato estaba perfectamente vivo y que se encontraba en Madrid, de donde no podía ser extraditado por no existir un tratado en ese sentido entre México y España.

Varios meses más fueron necesarios para que llegara la documentación legalizada por la oficina consular de México en Madrid, donde se acreditaba sin lugar a dudas la existencia de Nicolás Lobato en España. Y fue gracias a esos documentos que resultó posible obtener la libertad de Gianni Ferraris.

Una mañana llamaron a la puerta de Jacqueline. Se levantó para abrir, segura de que se trataba de Alicia Villalba. Sin embargo, quien entró fue Gianni Ferraris. Ella percibió al abrirle una repugnante fetidez en el aliento del maestro, lo que desde el primer momento le dio muy mala espina. Estaba hecho una furia. No habló, no gritó, como lo hubiera hecho en el pasado. La arrastró hasta el dormitorio, la colocó en un rincón, se retiró un poco y luego corrió hacia ella con la cabeza baja, la embistió en el pecho, la hizo perder el equilibrio y rodar al suelo. Luego la siguió golpeando brutal, maniacamente.

Era increíble la fuerza que aquel hombre había adquirido en el estado de semidemencia en que se encontraba. Jacqueline no supo cuánto tiempo duró el ataque, ni a qué hora el italiano salió de su casa. Despertó muchas horas después con el cuerpo lleno de contusiones. La habitación estaba a oscuras. A duras penas pudo levantarse y buscar el interruptor de la luz. Caminó como sonámbula hacia la cama. Al verse en el espejo de cuerpo entero la aterrorizó su aspecto, la cara cubierta de manchas, la ropa ensangrentada y desgarrada, le faltaba un zapato. Decidió llamar a un médico, pero lo único que sus fuerzas le permitieron fue llegar a la cama, en donde volvió a perder el conocimiento.

Fue una suerte tener la casa escriturada a su nombre. Le quedaba al menos ese lugar donde refugiarse. El licenciado Paredes le sugirió deshacerse de ella y, con el dinero que obtuviese, comprar un departamento que otro cliente estaba por poner a la venta en la colonia Nápoles.

—Quedará usted a medio camino entre Coyoacán y Polanco, los dos sitios donde hasta ahora ha vivido —comentó el abogado. ¡Como si quedar a mitad del camino pudiese aligerar la angustia y el pánico que se habían apoderado de ella!

El dinero, insistía Paredes, debería ponerlo de inmediato en una cuenta bancaria para preservar el capital y poder vivir de los intereses. Sin embargo, no fue posible comprar aquel departamento en la Nápoles, pues la venta de su casa demoró más de lo previsto. En distintas ocasiones Nicolás le presentó documentos para firmar y ella lo hizo siempre de una manera mecánica, sin preguntar siquiera de qué trataban, confiada en la capacidad de su marido para los negocios. Cuando quiso vender, resultó que la casa de Polanco estaba gravada con una fuerte hipoteca. Sólo después de una cadena de trámites engorrosos y para ella incomprensibles que tardaron más de un año en resolverse, en alguno de los cuales un notario le mostró papeles firmados con su puño y letra de los cuales ella no guardaba ningún recuerdo, el licenciado Paredes pudo hacer la operación y obtener una cantidad ridícula por aquel caserón en donde había sido tan desdichada. Un empleado del abogado se encargó de la venta de los muebles, por los que recibió también una bicoca.

Y un día se descubrió viviendo en un pequeño departamento pobremente amueblado en la calle de Balderas. Así pues, no había escapado al sino de sus familiares; también ella había vuelto a chapotear en la miseria. Vivía con los reducidos intereses que le pasaba el banco, pero estaba decidida, por primera vez desde el día de su boda, a ser cuidadosa con el dinero. A partir de su traslado a la calle de Balderas no podía hacer otra cosa que no fuera jugar solitarios y rumiar de manera obsesiva su pasado. La vida se le aparecía como un viaje sin destino a través del desierto. En el fondo, se decía, a pesar de lo que pudieran indicar las apariencias, su camino había conocido muy pocas variaciones. El problema más grave en el futuro inmediato no le parecía tanto el económico como el derivado de la inmensa soledad que la cercaba. No se sentía capaz de pedirle ayuda a ninguna de las amistades de Lobato. La prensa la había tratado tan despiadadamente que daba por hecho que sería expulsada de cualquier lugar a donde se presentara. Dirigirse a sus familiares era algo que ni siquiera se le hubiera ocurrido pensar. ¡Jamás le proporcionaría un gusto de semejante magnitud a María Dorotea! El pilar emocional más sólido, aparte de sus relaciones conyugales y extraconyugales, lo constituía desde muchos años atrás su amistad con Márgara Armengol. Estaba segura de que el sentimiento era recíproco. El tiempo se encargaría de aclarar los equívocos surgidos entre ellas. Llegaría el momento en que Márgara la necesitara con una intensidad igual a la suya.

Conversarían como si nada hubiera ocurrido. Pensar en Márgara la retrotraía a sus felices años de estudiante, al noviazgo con Nicolás Lobato, a su matrimonio y a las distintas vicisitudes conocidas en la vida conyugal. Por Márgara había transpuesto la puerta de ingreso al mundo de la cultura. Aquella amistad le otorgaba unidad a su vida. Pensar en Márgara significaba revivir las noches de preparación de exámenes a base de benzedrina, las fiestas de la juventud, las cubas libres, el vodka Smirnoff, las ginebras corrientes, las respectivas e intolerables crudas, las desveladas hasta el amanecer bailando mambo y chachachá. Una apariencia de gran desorden y en el fondo una absoluta inocencia! Después, el nacimiento de nuevas aspiraciones: galerías de pintura, cineclubs, lecciones, años enteros cultivándose para ser una mujer a quien su marido no pudiera rebajar cuando le viniera en gana. Para lo que le había servido! Sabía muy bien que, muerta su madre, su auténtica familia no la constituían María del Carmen, María Dorotea, Adrián ni Marcelo, sino Márgara y alguna que otra persona de su círculo. Por eso, la buscó antes que a nadie al salir de la cárcel. Con resultados muy pobres, como ya sabemos.

Cuando consideró que había pasado el tiempo suficiente para que Márgara se repusiera del sobresalto inicial, volvió a telefonarle. Su amiga recibí la llamada y Jacqueline la salud con un esfuerzo titánico, tratando de adoptar un tono si no desenfadado por lo menos con cierta apariencia de normalidad. En el primer angustioso momento de incertidumbre pens que su amiga le colgar el teléfono. Pero, por lo visto, Márgara Armengol había decidido ya a esas alturas establecer de manera definitiva su posición; permaneció en silencio al principio, hasta que Jacqueline, cada vez más titubeante, acabó por preguntar si la estaba escuchando. En ese momento, con una voz impersonal, de acero, la otra dijo que le exigía, no que le rogaba, no que le pedía, sino así, que le exigía suspender toda clase de contacto con ella y también con los maestros y alumnos de su Academia. Le dijo cosas tremendamente desagradables sobre los hechos de que se había enterado por medio de la prensa, en especial sobre las relaciones sostenidas con uno de los maestros de su institución, como si nunca, se dijo ella más tarde, a pesar de que durante años había sido su confidente más íntima!, hubiese advertido que sus lazos con Ferraris eran más íntimos de los que normalmente establece una alumna con un maestro. Afirmó también que la prensa la había enterado de algunas situaciones, cuya sordidez jams se hubiera atrevido a imaginar, tales como el proyecto de asesinar a su marido, en el que, con evidente mala fe, había tratado de implicar al aludido profesor Ferraris.

—Me permito informarle —continuó, suprimindole el tuteo—, que tal vez me resulte a mí más penoso que a usted referirme a estos hechos Que quede muy claro que nuestro trato ha terminado! Nunca hubiera podido sospechar que correspondería con semejante conducta a las atenciones que yo y mi personal le deparamos durante el tiempo en que su presencia fue tolerada en esta institución de cultura. Y eso es todo! —concluyó de pronto, colgando el auricular.

Para Jacqueline el golpe fue terrible.

El periodo que siguió fue el más desolado que conoció en la vida. Resultaría conveniente revisar algunos acontecimientos previos para mejor comprender esta historia:

Cuando Jacqueline volvió en sí de la conmoción producida por los golpes que le propinó Gianni Ferraris, se puso en pie con dolores atroces y la sensación de estar nuevamente a punto de perder el conocimiento; logró echarse un abrigo encima y salir de su casa. No sabía cuánto tiempo había permanecido inconsciente. Ni siquiera se lavó la cara, donde la sangre había dejado costras que, junto a los hematomas producidos por derrames internos, la desfiguraban feamente. La mujer que con paso lento e inseguro deambuló un rato por las calles en busca de un taxi era toda ella un inmenso saco de dolores. Del consultorio de su médico fue enviada de inmediato a un sanatorio, donde permaneció internada alrededor de dos semanas. Fuera de una visita de Alicia Villalba, permaneció allí olvidada por entero. Le colocaron un corsé de yeso, le dieron unas puntadas en una herida abierta sobre la ceja derecha, le aplicaron varias inyecciones diarias y le hicieron ingerir sedantes a toda hora. Desde el sanatorio llamó varias veces por teléfono al despacho de Paredes, quien nunca se puso al teléfono ni se reportó a sus llamadas. Una vez dada de alta, Jacqueline fue a visitarlo de inmediato. El abogado se disculpó con una displicencia que estaba en los límites de la grosería. Comentó que nunca le habían pasado sus mensajes, pero que no creía que valiera la pena discutir sobre fallas del pasado. Fue en esa ocasión cuando le aseguró que tenía derecho a conservar la casa de Polanco, pues estaba escriturada a su nombre, y le sugirió ponerla en venta y mudarse a un lugar menos costoso. Añadió que los dos automóviles los había tenido que entregar a un representante de los acreedores por estar a nombre de Lobato.

Jacqueline le pidió al abogado la dirección de su marido en España; le urgía, dijo, comunicarse con él y solicitarle instrucciones. ¿Debía venderlo todo y reunirse con él en algún lugar de España? Aún no sabía entonces nada sobre el gravamen que pesaba sobre la propiedad, y lo poco que iba a ser posible obtener con la venta de una casa hipotecada. El abogado se negó a proporcionarle la dirección solicitada. Primero tenía que consultar con su cliente, afirmó. Jacqueline se quedó muy consternada. Allí mismo escribió una carta y se la entregó a Paredes con el ruego de hacerla llegar a su destino. En ella le relató al marido que había sido detenida, vejada y calumniada, que vivía bajo la sensación de que aquel escándalo había ensuciado para siempre su vida; un profesor italiano de apellido Ferraris, no sabía si lograba acordarse de él, había sido obligado por medio de torturas a confesar la existencia de un complot para asesinarlo, sí, a él, a Nicolás Lobato, para apoderarse de su fortuna, el cual por el rigor de los tratos recibidos había acabado por perder la razón; que había sido más tarde declarado inocente y excarcelado, y que durante uno de sus habituales ataques de locura la había agredido con una violencia criminal, de cuyas consecuencias distaba mucho de sanar del todo. Le pedía en esa carta, con delicadeza, alguna ayuda económica, una pensión mensual, que la ayudara a hacer frente a su difícil situación,

hasta que pudiera vender la casa y reunirse con él.

Jamás recibió respuesta a esa carta. Durante los meses siguientes volvió a ver al licenciado, quien se encargó de vender la casa hipotecada, así como los muebles, por los que, como se ha dicho, obtuvo una cantidad muy por debajo del precio real, pero que le permitió instalarse en el departamento de la calle de Balderas. Como en otras circunstancias de su vida, sus movimientos y los hechos mismos parecían realizarse en un paisaje onírico, donde ella era la protagonista ya la vez un testigo que registraba y enjuiciaba todo lo que ocurría. Era mejor así, no llegar a darse cuenta de la magnitud de su desolación, del árido futuro que la esperaba. Poco a poco, sin advertir del todo el proceso, fue volviendo a registrar la realidad. No tenía clara conciencia del tiempo transcurrido en ese periodo. ¿Vivía aún en la casa de Polanco o se había mudado ya al modesto sitio de Balderas? En los primeros meses de recuperación de la realidad pasó la mayor parte del tiempo encerrada, tratando de leer algunas de las obras que había estudiado en la Academia, a las que desde su ingreso en la cárcel no se había asomado. De vez en cuando se abatían sobre ella rachas de melancolía, casi siempre anunciadas por un agudo desequilibrio nervioso. «Sólo faltaba que esto tuviera que ocurrirme a mí», mascullaba, «que tuviera yo ahora que sufrir el hormigueo en el cuerpo del que tanto se quejaba aquel maldito orate», y esos días cerraba los libros y permanecía tendida en la cama, tomando los medicamentos que un neurólogo, recomendado hacía poco por el doctor Montenegro, su médico, le había prescrito. Podía pasarse semanas enteras sin hacer otra cosa que no fuera jugar solitarios.

Al advertir que había pasado ya demasiado tiempo sin recibir noticias de Nicolás Lobato, hizo un nuevo esfuerzo por solucionar ella misma sus problemas. Se vistió con la mayor sobriedad posible y volvió al despacho del escurridizo Paredes; le pidió una recomendación para obtener un trabajo; pero el abogado, sin negársela del todo, tampoco se la dio. Como siempre, dijo que debía solicitar, ella podía comprenderlo mejor que nadie, una autorización de su cliente. Jacqueline le contestó que entendía sus escrúpulos, pero le quedaría muy agradecida si enteraba a Nicolás, cuando se pusiera en contacto con él, que había sido detenida, torturada física y moralmente, vapuleada sin compasión por la prensa, tratada como una mujer de lo peor, como una vil ramera, asaltada por un demente, y que en más de un momento había creído estar a punto, también ella, de volverse loca; que, sin embargo había soportado esas duras pruebas por solidaridad con él, por afecto, es decir, por amor, que le dijera también que se había mudado a un departamento muy modesto en Balderas número noventa y cinco, interior seis, pidiéndole que por favor le pusiera unas líneas a esa dirección con las instrucciones necesarias sobre lo que debía hacer en el futuro, si trasladarse a España o esperarlo en México.

Lo mismo: jamás recibió una línea de Nicolás Lobato. Vivió un año en el departamento de Balderas, aburrida, sin encontrarle el menor sentido a sus días, perdidas a partir de un momento las ganas de leer, sin amigos, sin recibir visitas,

fuera de alguna esporádica de Alicia Villalba, o las de una anciana vecina, una médium parlanchina y generosa. Para entonces, Jacqueline había dejado de leer; le era imposible concentrarse. No lograba interesarse en nada. Abrir un libro le producía una nueva tristeza, la alteraba, porque la obligaba a admitir sus incapacidades. Fue esa vecina bondadosa quien la presentó con Mario y Manuel Requena, sus sobrinos, los cuales dirigían un negocio de libros esotéricos al lado del cine Metropolitán; ambos leían el tarot y hacían horóscopos. Le ofrecieron trabajo y aceptó gracias a que la librería quedaba sólo a tres cuadras de su edificio. Les había cobrado pánico a los trayectos largos. Nada la habría hecho visitar Polanco, donde hasta hacía tan poco aún vivía, mucho menos el barrio de Coyoacán, en el que transcurrió la mayor parte de su vida, y donde, entre otras ligas con su pasado, se encontraba la Academia de Márgara Armengol. Reconocía que de no haber aceptado ese trabajo se habría ido muriendo poco a poco, que tal vez habría acabado por suicidarse. La librería la integró de nuevo a la vida. Mario Requena se le acercó un día para decirle que el negocio funcionaba tan bien que había llegado el momento de abrir una sucursal en Cuernavaca. Le habían ofrecido un local muy apropiado a un paso del Casino de la Selva, El Zodíaco, un café perfectamente idóneo para instalar una sucursal de su establecimiento esotérico; se marchaba no por desacuerdos con su hermano, sino por razones de salud; la altura de México le hacía mal, el corazón le había hecho ya un par de advertencias, y ella que ni siquiera se atrevía a alejarse unas cuantas cuadras de su departamento o de la librería, aceptó encantada, para su propia sorpresa, la proposición que Mario le hizo a continuación, y se instaló en una minúscula casita al lado de El Zodíaco. Vivió allí los diez siguientes años, sin sentirlos, sin vivirlos del todo. Aprendió los elementos más rudimentarios del lenguaje cifrado propio de su nuevo entorno. Mario Requena trató de enseñarle con la ayuda de un manual a leer las líneas de la mano, pero ella lo hacía sin convicción, con una voz que no transmitía los efluvios adecuados, ni creaba expectación alguna de misterio, por lo que su maestro consideró conveniente hacerla desistir de la carrera quiromántica. En sus ratos de ocio leía, sin comprender una línea, fragmentos de libros esotéricos que la entretenían de una manera inexplicable, pero de los que no hubiera podido repetir más tarde una sola palabra. En una ocasión, poco después de su llegada a Cuernavaca, las cartas le dijeron que había vivido ya tres vidas diferentes y que tendría que conocer aún dos más para que el Pentagrama de su existencia se cerrara de un modo natural y los acordes de todo lo hasta entonces vivido se fundieran en la melodía que astralmente le estaba destinada.

—¿Cómo? ¿He vivido ya tres veces? —preguntó Jacqueline, sin ocultar su asombro.

—Lo que no me resulta claro —respondió Requena— es si se trata de tres vidas distintas que han tenido lugar en el seno de una misma persona o si se refiere a tres personas que integran una sola vida.

—¿Acaso no es lo mismo? —volvió a preguntar ella, todavía más perpleja.

—¡Así de oscuros son los arcanos de la vida! —concluyó Requena con voz soñadora.

Jacqueline decidió no hacerse leer más el tarot, porque los resultados le afligían demasiado. Repasó con desaliento las tres vidas conocidas: la infancia miserable, la adolescencia sórdida, los años universitarios, los prodigios realizados para poder presentarse con un mínimo de pulcritud en la Facultad; la segunda fase daba comienzo con el matrimonio y su culminación la marcaba no sólo la pérdida de una casa en Polanco, donde, por decir algo, un mayordomo le servía los cereales del desayuno con guantes blancos, sino también la de una rica atmósfera intelectual que incluía los cursos en casa de Márgara Armengol, sus lecturas, los cuentos escritos y que se quedaron sin publicar, el trato con escritores y personalidades intelectuales de lo más diverso, quienes periódicamente eran invitados a la Academia, un ambiente mucho más atractivo que aquel en que se movía su marido, dijera él lo que dijera; y la tercera, que se abría con la fuga de Nicolás Lobato y su inexplicable silencio, seguidos por la inmersión en la miseria, el exilio en Cuernavaca, donde vivía con una sola sirvienta y las más de las veces con ninguna, sin importarle qué comía ni cómo se vestía, sino sólo sobrevivir, como si ésa fuera la única meta que le estuviera permitida. No encontraba ningún hilo que uniera esas tres distintas etapas de su existencia; aun entre las dos últimas, las más recientes, los nexos eran escasos, el más visible lo constituía su trato con Alicia Villalba, quien después del derrumbe económico de Nicolás había permanecido en Cuernavaca, por supuesto no en Las Palmas, sino como gerente, y luego también como socia, de un restaurante francés donde le iba de perlas. La prima de Nicolás había sido con ella magnánima en extremo, al grado de dejarle en préstamo un automóvil que apenas usaba, para que pudiera movilizarse en Cuernavaca. A menudo, Jacqueline hablaba por teléfono con Alicia y con las pocas conocidas que tenía en la ciudad, todas ellas clientas de El Zodíaco, uno de los pocos recursos con que lograba disimular su soledad. Le encantaba oír a la antigua secretaria de su marido engolar la voz y darse aires mientras hablaba de sus problemas en el restaurante, los que tenía con los empleados, con los proveedores, con los clientes, con Sara, su socia, la mujer con quien vivía desde que se había instalado en Cuernavaca, una francesa redondita y eternamente risueña, lo que no obstaba para que estuviera siempre dispuesta a contradecir en público a Alicia. Jacqueline apenas intervenía en las conversaciones telefónicas, pero oír durante un buen rato otra voz le desvanecía una ansiedad que los medicamentos no siempre lograban mitigar del todo.

Alicia Villalba acudía a El Zodíaco cada dos o tres meses a consultar su horóscopo y llevarse después a Jacqueline a cenar a algún buen sitio, pues consideraba como una obligación profesional frecuentar los restaurantes de la ciudad, conocer las novedades, hacer relaciones públicas y destacar su presencia en el medio. Y era lo suficientemente segura de sí misma como para que no le preocupara presentarse en público al lado de aquella mujer gorda, prematuramente envejecida, de

aire aturdido, cabellera rala y descuidada, manos regordetas y uñas corroídas, ataviada por lo general con una túnica tan sin gracia que más que un vestido parecía el hábito de penitente con que cumplía una manda religiosa. En esas ocasiones, cuando Jacqueline tenía la rara oportunidad de interrumpir alguno de los largos soliloquios de la restaurantera, no era para hablar de alquimia, de quiromancia, del tarot, como deseaba su amiga, sino para repetir una vez más la atroz experiencia que le significó ser detenida, encerrada en una celda, donde pasó los dos primeros días al lado de una delincuente de aspecto muy humilde, la cual le metió un miedo pavoroso con los relatos de su cautiverio, y luego seguir con los interrogatorios a los que fue sometida, su tremendo error al entablar amistad con un italiano a todas luces desequilibrado, un mitómano a quien le dio por confesar cosas espeluznantes, tal vez bajo la presión de a saber qué torturas, o tal vez por la demencia de la que había ya dado muestras en diversas ocasiones, para terminar siempre refiriéndose al largo e inexplicable silencio de Nicolás Lobato, y al llegar a ese punto suspirar profundamente, derramar algunas lágrimas y beber con precipitación un par de tazas de té de manzanilla.

Y precisamente un trece de marzo recibió una llamada de Alicia Villalba. Iría en un par de días a El Zodíaco, quería pedirle una cita con Mario Requena, aunque, añadió, no sólo la llamaba para eso, sino para rogarle que ese día fuera al salón de belleza a hermosearse un poco y se pusiera su mejor atuendo, pues después de la sesión se la llevaría a L'Aiglon a celebrar su cumpleaños. Estarían sólo las dos; Sara, su amiga, había salido a pasar unos días en Cozumel con sus padres. Jacqueline suspiró. El día quince cumplía sesenta años.

Compró unos collares de bisutería y otros de bolitas de cerámica de colores muy vivos; fue a la peluquería, se puso un vestido color champaña, que una costurera local le había adaptado para que pudiera caber cómodamente en él; por fortuna no estaba demasiado pasado de moda; ella misma se quedó sorprendida de los resultados al verse en el espejo. Desde que Alicia llegó a El Zodíaco, Jacqueline captó en ella algo nada habitual; el saludo, por ejemplo, había sido un gesto ambiguo, triunfal y cómplice a la vez, al grado que llegó a pensar que esa noche su amiga se proponía hacerle algunas confidencias, hablarle tal vez de un problema sentimental entre ella y la francesa, en lugar de entretenerse como siempre en contarle sus problemas con proveedores y cocineros, con el fisco, los parroquianos, los meseros y el sindicato, y eso la entristeció, como la entristecía en los últimos tiempos cualquier anuncio de cambios. Todo se imaginaba menos lo que iba a saber esa noche. Alicia Villalba comenzó por regañarla, pues ni siquiera en esa ocasión aceptó tomar una copa de vino; Jacqueline se mantuvo firme, no se atrevía a contravenir la prohibición de su médico de mezclar el alcohol con sus tranquilizantes. Alicia insistió en lo especial que era ese día y brindó con un Campari seco en tanto que Jacqueline lo hizo con un vaso de agua mineral. A las preguntas de Alicia sobre si no le habían pronosticado las cartas alguna óptima noticia, le recordó que desde su llegada a Cuernavaca sólo una

vez se había hecho leer el futuro, y que eso había sido al inicio. Se alteró tanto en esa ocasión, que prefería descubrir por su cuenta su destino y no por medios que en el fondo le producían pavor.

—Si lo hubieras hecho —le dijo Alicia—, no te sorprendería saber que Nicolás Lobato ha regresado a México. Se encuentra en Veracruz, donde ha decidido instalarse. Parece que un problema de presión alta le impide subir a la capital. Volvió con todos sus asuntos legales en orden. Ha abierto una ferretería en el puerto. ¿Qué te parece? Me imagino que te interesará saber que no ha vuelto a casarse.

Jacqueline permaneció un buen rato en silencio, mirando a la anfitriona. Tomó una rebanada de pan, la untó con mantequilla, le espolvoreó sal y comenzó a comerla con excesiva parsimonia. En un determinado momento hizo una pausa para decir con una voz que no expresaba la menor emoción:

—Me parece difícil que pudiera casarse. —Y a duras penas, entre bocados de pan con mantequilla y con visible desgana, logró expresar que no podía hacerlo, por la sencilla razón de que nunca se había divorciado de ella.

Como si Alicia conociera el resto de la argumentación interrumpió a la festejada:

—Jacqueline querida, cuando un hombre se lo propone puede ser el mayor cabrón del mundo. Se puede divorciar a tus espaldas, de modo que seas la última en enterarse que te has quedado sin marido. No sé si Nicolás se haya divorciado o no; lo único que sé es que llegó solo a Veracruz. Eso es todo. Quise ser yo quien te diera la noticia. —Se produjo una pausa, que interrumpió para decir—: Te parecerá raro, pero debo confesarte que desde hace bastante tiempo dejé de creer en la juventud. —El cutis de Alicia Villalba era magnífico. Su rostro, cada vez más masculino, no mostraba ninguno de los estragos del tiempo, lo que no era el caso de su invitada—. ¿Quieres que te diga otra cosa hoy que me encuentras en plan de confidencias? Estoy más que convencida de que la vida comienza a los sesenta. Y si no me equivoco, Nicolás los cumple este año.

—Los cumple el año próximo —se apresuró a corregir Jacqueline, al recordar que su marido era un año menor que ella—. ¿Cómo te enteraste de que volvió al país?

—Me lo dijo un pajarito, un amigo mío, ¡pío, pío, pío! ¡Acaba de volver! Antes de que llegara, un apoderado suyo, tal vez un socio, había abierto ya la ferretería en el centro de Veracruz, a dos cuadras del hotel Diligencias, ¿te das cuenta? —le pasó una tarjeta, donde había escrito el nombre de Nicolás Lobato, y abajo el de la Ferretería Moderna, y la dirección en Veracruz. Alicia Villalba miraba con algo parecido al estupor a Jacqueline, quien no preguntó nada más, no aludió a Nicolás ni a su separación o a un posible encuentro.

Tomaron el consomé. Luego el mesero les sirvió un trozo de chateaubriand con legumbres. El menú era siempre decidido por la propietaria, quien tenía la impresión de que la obesidad de su invitada se debía a un exceso de harinas y a la falta de carnes. Jacqueline pasó un buen rato entretenida en cortar su carne en trozos muy pequeños, que después comió con la mayor lentitud, con tal expresión de vaguedad

en la mirada que se hubiera podido pensar que estaba ebria. Alicia consideró que la noticia la había perturbado, que debía habérsela administrado paulatinamente, que con toda seguridad no podía sino pensar en Nicolás, por eso se quedó muy sorprendida cuando su amiga, a medio plato, comenzó a hablar y de que su conversación no tuviera ninguna relación con la noticia recibida sino que se refería por entero a los días aciagos de su detención, a la bazofia pestilente que hacían pasar por comida, a los interrogatorios que duraban noches enteras, realizados en un cuarto estrecho iluminado por un fuerte foco, de manera que ella nunca sabía si era de día o de noche, a la campaña de calumnias de que había sido víctima, a las declaraciones enloquecidas del profesor de historia del arte, el funesto Ferraris, que la prensa reprodujo con morboso lujo de detalles, y ese día extendió el relato a una zona que jamás había tocado ante ella, a la golpiza que aquel italiano enloquecido le había acomodado tan pronto como fue puesto en libertad y de la que psicológicamente nunca había logrado reponerse. Luego dijo que se sentía muy fatigada, que no podía ya con el sueño, y pidió que por favor le llamaran un taxi.

Alicia le insistió en que se quedara un poco más, debía probar el pastel de zarzamora preparado en su honor, pero ella se obstinó en marcharse. Al advertir su prostración, la anfitriona le pidió al chófer que la llevara en su automóvil.

En el coche, Jacqueline se echó a llorar, y siguió llorando en su casa durante casi toda la noche. En más de una ocasión se levantó para sentarse frente al espejo y decirse que el único hombre a quien había amado y respetado se llamaba Nicolás Lobato, y que desde el momento en que él la había abandonado su existencia carecía de sentido.

Pudo dormir cuando mucho unas tres horas. La mañana siguiente, después de bañarse y desayunar, a punto de salir rumbo a El Zodíaco, cambió de pronto de opinión, volvió a su cuarto, preparó de prisa una maleta, la metió en el auto y salió en dirección a la ciudad de México. No se detuvo allí sino para cargar gasolina. A eso de las seis de la tarde estacionaba su automóvil en Veracruz, al lado de la Ferretería Moderna.

Muerta de fatiga, seminconsciente, maltratada por el viaje, Jacqueline entró en la ferretería en un estado sonambúlico. Cuando se dio cuenta estaba de pie frente a Nicolás Lobato. Vio a un hombre alto, de amplias espaldas, entrado en carnes, pero no precisamente gordo. Todo sonreía en él, los labios, los ojos, la piel. «A leguas se ve que es un hombre feliz», se dijo. Al mismo tiempo, a pesar del bienestar que exhalaba, pudo también advertir que durante los años de ausencia Nicolás había perdido el aspecto juvenil conservado hasta el día de su desaparición. También él había envejecido. Era un hombre dichoso, pero viejo. Él la miró con cierta perplejidad, y cuando al fin la reconoció ninguno de los dos supo qué decir. Jacqueline le tendió la mano y desvió la mirada. Nicolás Lobato abrió la portezuela del mostrador, la cruzó y la abrazó como se abraza a una hermana. Luego impartió unas cuantas órdenes a sus empleados. No regresaría esa noche para cerrar. Le

preguntó a Jacqueline por su equipaje y la condujo al hotel donde estaba alojado.

Pensó que se pasarían la noche hablando, pero no fue así. Trataron sólo parte de lo ocurrido durante los años de separación. Ella supo que el licenciado Paredes le había enviado a su marido los artículos de prensa aparecidos durante su detención, que él había llegado a creer lo que decían sobre sus amores con Ferraris, aunque, por supuesto, no había dado crédito a las declaraciones referentes al proyecto de asesinarlo. ¡Qué locura! Comentó que su alta presión lo había decidido a regresar al país, no quería morir en ninguna otra parte, que sus deudas estaban por entero saldadas, que su sueño, Las Palmas, estuvo por encima de sus posibilidades, pero que había valido la pena vivir por él, aunque el destino, único depositario de la verdad, había determinado su estatura, haciéndolo acabar sus días en una ferretería, igual que como había empezado, que los años en el extranjero le había dado una lección, la de aceptar los hechos tal como eran, que la vida en el puerto le resultaba bastante agradable, que en un par de meses le entregarían una casa que tenía ya alquilada, con opción de compra; por el momento estaba en obras. Ella creyó que le llegaría el turno de hablar, pero tan pronto como Nicolás se refirió a la casa, le dio la espalda y se quedó dormido.

El sol los despertó muy temprano. Casi sin decir palabra, se bañaron, vistieron y bajaron a desayunar. Se sentía avergonzada por haberse abandonado tanto en los últimos años. Se detuvo un momento ante el espejo: vio una bruja gorda y desmadejada. Le contó que se había mudado a Cuernavaca, donde consiguió un trabajo que le permitía mantenerse. Vivir en esa ciudad la hacía sentirse cerca de él. Gracias a eso había salvado la vida: del edificio en que vivía en México no quedaron sino los cimientos. El terremoto lo había hecho polvo. Después del desayuno, Nicolás la llevó a una joyería y ahí compró dos alianzas matrimoniales; le tomó la mano y le colocó una en el anular, al lado del viejo anillo del que nunca se había desprendido. Después él se colocó la alianza con su propia mano.

—¡Y no hablar ya más! ¡Lo que cada quien haya vivido estos años es ya cosa del pasado! ¡Estas alianzas lo borran todo! —exclamó Nicolás con un acento español muy marcado que, por lo que tenía de paródico, les facilitaba a ambos adaptarse a la nueva situación. Jacqueline recordó la lectura del tarot hecha al llegar a Cuernavaca, y se preguntó si aquel reencuentro conyugal completaría por fin el Pentagrama que regía su existencia. Y en ese instante recordó que, si no se equivocaba, comenzaba la cuarta fase de su vida y que le faltaba una última para que el Pentagrama quedara concluido.

Una vez en el coche, Nicolás la llevó en un viaje turístico hasta Boca del Río, emitiendo sin darse tregua una serie de comentarios banales sobre los lugares por donde pasaban, como si ella no conociera Veracruz. De regreso, a la altura de Villa del Mar, dio vuelta a la derecha y recorrió tres o cuatro cuadras, hasta detenerse frente a una casa en cuyo techo trabajaban algunos albañiles. Se la mostró con un amplio ademán.

—¿Tu casa?

—¡Así es, señora mía! ¡He aquí la casa! Dentro de dos meses a más tardar podremos mudarnos. Bueno —añadió con tono enérgico—, tengo que volar a la ferretería. Te recogeré en el hotel a las dos de la tarde para que comamos juntos.

Hasta la voz de mando con que Nicolás Lobato le impartía sus instrucciones le resultaba agradable. Al llegar al hotel, volvió a verse en el espejo y no pudo ocultar la repugnancia que su aspecto le producía. Maldijo Cuernavaca. Aquel lugar aborrecible había acabado por transformada en una vaca. Debía emprender de inmediato la recuperación de su cuerpo. ¡Nada mejor que la natación en el mar! Pidió una llamada a Cuernavaca. Se la dieron de inmediato. Le contó a Alicia Villalba todo lo ocurrido. Le dijo que se quedaría a vivir en Veracruz, y le pidió que por favor enviara a alguien a quitar su casa y se hiciera cargo de sus pocas cosas, hasta que le comunicara la dirección adonde podía enviárselas. Se tendió en la cama, pero dormir le resultó imposible. Salió de su cuarto, se subió al auto y comenzó a dar vueltas por Veracruz. En un momento tuvo ganas de pisar el acelerador y no detenerse sino hasta llegar al café-librería El Zodíaco. Se sentía indigna, había convertido su vida en una porquería. Durante los treinta y tantos años que había durado su matrimonio con Nicolás Lobato no había hecho sino estupideces. Compró algunos periódicos y revistas y volvió a encerrarse en su habitación; luego bajó de nuevo a comprar un cuaderno y una estilográfica para intentar escribir una crónica de su noviazgo y de los primeros años de casada. Parecía haber olvidado todo lo aprendido en el taller de creación literaria. Intentó varias veces describir el lejano período de estudiantes, la noche en que Nicolás la llevó a un teatro frívolo a ver bailar a Kalantán, pero no logró avanzar más de media página, cada línea salpicada de tachaduras. Todo en su prosa le parecía deficiente, raquítico. Volvió a bajar. Se tomó un café y de pronto advirtió que eran las dos y cinco de la tarde y no estaba segura de si Nicolás pasaría por ella o si era ella quien debería ir a recogerlo a la ferretería. No tenía el número telefónico. Lo buscó en el directorio y no encontró registrado el nombre de la ferretería, por ser, evidentemente, demasiado nueva. Subió a su habitación y volvió a bajar; al fin, cuando estaba ya por salir a buscar a su marido lo vio acercarse, rozagante, animoso, y ella sintió que podía convertirse en un manojo de nervios, a punto de desfallecer. Temió ponerse a llorar en público, pero, por suerte, esa vez pudo contenerse.

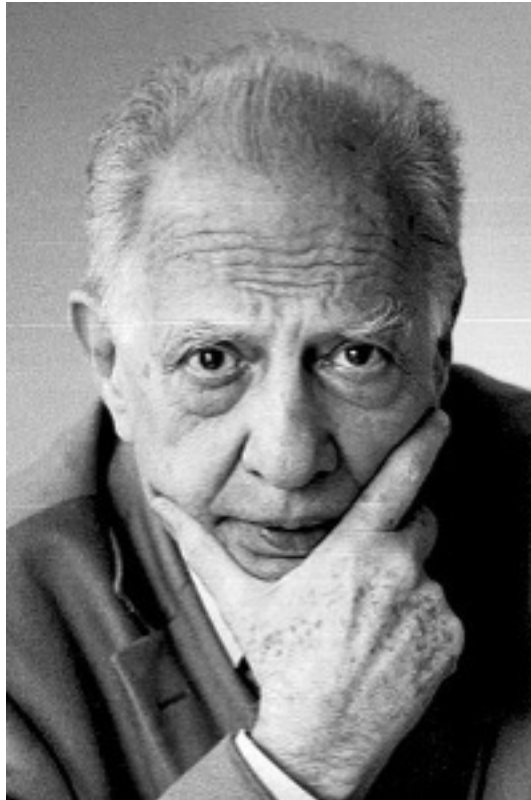
Comieron en Prendes. Luego pasaron a una de las cantinas del mismo portal a tomar un café y una copa. Jacqueline llegó a sentir que los años no habían pasado. Lejos de sus gobernadores, banqueros y demás personajes importantes, Nicolás volvía a ser de alguna manera el estudiante de derecho sencillo y simpaticón de cuarenta años atrás. Ese día, por primera vez desde que comenzó a tomar las pastillas antidepresivas, se atrevió a tomar una copa de brandy con el café. El efecto del licor, la música de la marimba, el infatigable ir y venir de la gente entre las mesas, la atmósfera de júbilo colectivo, habían logrado realizar un milagro: sus ojos volvieron a cobrar animación. Contempló extasiada a Nicolás. Entre sus párpados entreabiertos

navegó una mirada lánguida que expresaba el placer del reencuentro.

Una lengua extranjera llegó de pronto a ellos. Un grupo de jóvenes marineros hablaba portugués en la mesa de junto. Jacqueline comenzó a disfrutar de la musicalidad de aquellas voces, del contrapunto de acentos viriles, juguetones y plebeyos, de quienes hablaban aquel idioma. Se quedó mirando al grupo con fascinación. Le preguntó a su marido de dónde creía que fueran aquellos muchachos. Él respondió que sin duda eran brasileños; los portugueses se comportaban de otro modo, eran menos espontáneos. Los deseos reprimidos en los últimos años se le presentaron con tal vehemencia que estuvieron a punto de derribarla. El mero hecho de oír aquella lengua parecía embriagarla. Sacó el espejo de bolsillo, lo colocó frente a su rostro y volvió a guardarlo con profundo disgusto. Miraba los rostros sudorosos de aquellos jóvenes, los ojos como adormecidos por el calor bajo grandes pestañas, la musculatura aterciopelada y peligrosa; disfrutaba de la armonía creada entre el habla y el movimiento de los cuerpos. Las visiones más osadas comenzaron a agitarla a un grado próximo al dolor. Daba pequeños saltos sobre su silla. Volvió la mirada hacia su marido y descubrió a un viejo pusilánime, insensible a sus deseos y a sus necesidades, el cual trataba con una risita boba de hacerse pasar por un muchacho, y se dijo que había sido la mayor imbécil del mundo al no haber tenido uno o varios amantes durante los años que permaneció enclaustrada en Cuernavaca en espera de que aquel pobre badulaque diera señales de vida. Volvió a decirse con rabia que si había existido alguna gran idiota en este mundo esa idiota se llamaba Jacqueline Cascorró, por haber aguardado durante tanto tiempo a aquel bueno para nada que un día había tenido la desfachatez de creerse un Rothschild.

Volvió a mirar a los jóvenes brasileños. Pelaban sus langostinos con los dedos. Al ver las manos grasosas, los labios brillantes, los gestos ávidos, se sintió recorrida por algo parecido a una descarga eléctrica, la visitó una visión tan perfecta como la que vislumbró muchos años atrás al quebrar una pata de cangrejo y oír el descorchamiento de una botella de champaña. Supo que la única manera de acabar con Nicolás Lobato sería con veneno. Los médicos certificarían como causa del deceso una intoxicación de mariscos. Su pierna rozó la del marido; con un movimiento furtivo le puso la mano sobre el muslo; quería deslizarla hasta la ingle, pero no se atrevió. La mirada que en el mismo momento en que le acariciaba una pierna clavó en el rostro de Nicolás Lobato estaba cargada de un odio acumulado y demencial.

Meses después, una pareja entró en un restaurante en Villa del Mar. El hombre empujaba una silla de ruedas donde iba sentada una mujer. Llegó hasta una mesa y con mucho cuidado ayudó a la mujer a levantarse y pasar a una silla normal. Se trataba, por supuesto, de Jacqueline y de Nicolás Lobato. Era imposible escuchar su conversación. Tanto la gesticulación como los ademanes de él recordaban a los que emplearía un padre para amonestar y a la vez tranquilizar a una niña pequeña y caprichosa. Jacqueline apenas respondía. Apenas podía abrir un ojo, el párpado caído tenía una coloración morada y sanguinolenta que hacía pensar que esa mujer no debía haber salido ese día de su casa. Los labios estaban monstruosamente hinchados. Apenas replicaba a las palabras del marido, limitándose a alzar despectivamente los hombros y a negar algo con pesados movimientos de cabeza. Celebraban un nuevo aniversario de casados.



SERGIO PITOL (Puebla, México, 1933). Novelista y ensayista mexicano. Cursó la carrera de derecho con algunos cursos de filosofía y letras en la Universidad Autónoma de México. Ingresó en la carrera diplomática y llegó a ser embajador de Checoslovaquia. También fue traductor, docente e investigador. Ha recibido premios tan prestigiosos como el Herralde de Novela 1985, el Nacional de Literatura de México 1993 o el Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo 1999. En 2005 se le concedió el Premio Cervantes, el más importante de la literatura en español, por haber contribuido con su obra a enriquecer el legado literario hispánico, según señaló el jurado presidido por Víctor García de la Concha.

Su trayectoria intelectual tanto en el campo de la creación literaria como en el de la difusión de la cultura es bien reconocida, especialmente en la preservación y promoción del patrimonio artístico e histórico mexicano en el exterior. El escritor pertenece a la generación literaria de la Casa del Lago, formada por grandes lectores que completan su formación viajando por Europa y que tienen una visión cosmopolita y crítica, y pronto se convierte en un autor de culto. Su obra se caracteriza por su rigor formal y por la importancia que cobra la trama en sus relatos. El propio autor escribe: «casi toda mi narrativa guarda una estrecha relación con mi vida, hay una especie de juego biológico entre mis relatos y las distintas etapas estéticas, entre la evolución de mi propia vida y los muchos cambios que han existido en ella».